
3 1761 09373077 8





POESÍA DE LA SIERRA

Carlos Fernández Shaw

Poesía de la Sierra

Segunda edición, corregida y aumentada.

MADRID: 1913
Librería de los Suc. de Hernando
Arenal, II.

MADRID.—Imp. de los Suc. de Hernando, Quintana, 33.

A LA MEMORIA
DE UNA SANTA MUJER,
ESPEJO DE VIRTUDES,
FUENTE DE AMOR,
MADRE DE MI CUERPO MORTAL,
MADRE DE MI ALMA.

Serranas he cantado. Son hijas de la Sierra.
Sus campos y sus pueblos, mis penas en sus valles,
mis penas en sus montes, hiciéronme sentir.
Por cumbres y laderas, vagando, divagando...
mis versos escribí.

Y así nació mi libro, sincero cuanto pobre.
Dictáronlo, de acuerdo, la Sierra y el Dolor.
Lectores, si los halla; lectores indulgentes:
con él, en vuestras manos, más bien que mis estrofas
tendréis mi corazón.

SIERRA DE GUADARRAMA.

Junio-Septiembre, 1907.

INVOCACIÓN

Cañada hermosa, cañada
del puerto de la Fuenfría,
¡qué alegre estás, inundada
por la luz del mediodía!
¡Cuán lozana reverberas
ante mis ojos cansados!
Verdes lucen tus laderas,
verdes relucen tus prados,
de amarillas
florecillas — salpicados.
Risueño, primaveral,
sus rayos derrocha el sol;
un sol rumboso y jovial,
clásicamente español.
Apretados, rumorosos,
con el rumor de los mares,

trepan hasta el horizonte,
subiendo de monte en monte,
los verdinegros pinares.
Pasa el aire, tibio y lento,
regalando
con su aliento
los olores—campesinos
de las flores — y los pinos,
y va el arroyo cantando
por la sombrosa hondonada...
¡Qué alegre estás, inundada
por la luz del mediodía,
cañada hermosa, cañada
del puerto de la Fuenfría!

—

Pasada la juventud,
víctima del mal que tengo
como castigo, a ti vengo
buscando paz y salud;
paz, de la que siempre fuí
más que amigo, adorador,
y salud, mi bien mayor
y el primero que perdí.
Propicias vuelvan a mí
bajo el influjo sereno

del airecillo serrano,
que es tan sano...
por lo mismo que es tan bueno.
Què recobre yo en tu seno
juicio para discurrir,
calma para proceder,
¡y fuerzas para sufrir!
¡¡y alientos para querer!!
¡¡Vuélveme la fe pasada,
devuélveme la alegría,
cañada hermosa, cañada
del puerto de la Fuenfría!!

—

Mas si es fuerza que sucumba,
si me destina la suerte
calma tan sólo en la tumba,
por todo alivio la muerte,
cese pronto mi ansiedad;
cese, por fin, la inquietud
de la terca enfermedad
que en su misma lentitud
pone su mayor maldad;
duélete de mi dolor,
y acabe ya mi agonía;
mándame un aire traidor

que apague la vida mía,
y en la hondura más umbría
de tu más negra hondonada,
¡¡sepúltame bien, cañada
del puerto de la Fuenfría!!

LAS CUMBRES

¿Son las altas cabezas — de los recios titanes
que después de su lucha — por el fuego celeste
sobre el haz de la tierra — se quedaron dormidos?

Son las altas y hermosas, — las altísimas cumbres,
que se elevan al cielo — virginales y blancas,
afirmándose en hombros — de magníficos montes;
con sus picos envueltos — en jirones de bruma,
con sus agrias laderas — salpicadas de pinos,
con sus tajos enormes — rebosantes de nieve.
Son las altas y hermosas, — las altísimas cumbres,
profanadas apenas — por los pasos del hombre.

En sus hondas cavernas — regias águilas viven.
Por su atmósfera límpida — regias águilas cruzan.
Al posarse, fijando — sus fortísimas garras
en peñascos inmobles; — destacando su bulto
sobre el fondo del cielo; — con las alas abiertas,

a volar preparadas; — encendidos los ojos,
y nerviosas y erguidas — las cabezas menudas,
de revuelto plumaje; — ¡poderosas y libres! —
escapadas parecen — de imperiales escudos.

Es de ver si las nubes — a los montes se enredan,
y sus flancos asaltan. — Va con ellas el rayo
que las cruza de pronto — con zigzag de serpiente,
y en su seno revienta, — de su seno se escapa,
como en tromba, la lluvia — por el viento batida,
mientras crujen los aires, — al sentir de improviso
que desgarra sus ondas, — a zarpazos, el trueno.
Y entretanto que asaltan — a los montes las nubes,
y descarga la horrible, — pavorosa tormenta,
sobre truenos y rayos, — vendavales y lluvia,
se levantan las cumbres — arrogantes y hermosas,
y sus picos emergen — del siniestro nublado
como claros islotes — sobre un mar de tinieblas.
¡Se levantan las frentes — de los recios titanes
a una bóveda pura, — despejada y tranquila,
donde el sol resplandece — como escudo de llamas,
o refulge la luna — como rosa de nieve;
donde brillan y brillan, — titilantes y azules,
las estrellas, las flores — del jardín de los cielos!...

Adoremos las cumbres. — En silencio y altivas,
orgullosas parecen : — desdeñando a los valles

y olvidando a los hombres. — Pero no; de sus anchas
y robustas vertientes — brota el agua, que es fuerza,
movimiento y frescura; — que da vida a los campos
y salud a los hombres, — y desciende a raudales,
¡sobre el césped corriendo! — ¡rebrincando en las rocas!
¡los arroyos formando — y acreciendo los ríos!
¡avivando los gérmenes, — fecundando la Tierra!

Son así, como cumbres, — los altivos talentos
de los hombres preclaros, — que en amargas vigilias
y tras tercos afanes — para el hombre descubren
la verdad de la Ciencia; — los que luchan y luchan
por que cedan y entreguen, — el Enigma su arcano,
su secreto la Esfinge; — los que rasgan las sombras
en que envuelve y esconde — sus misterios la Vida.

Respetemos la suya. — Solitarios y tristes,
orgullosos parecen : — apartados del mundo,
y alejados del hombre. — Pero no; son los faros
que señalan sus rumbos — a las naves que luchan
con el mar y la noche; — las estrellas que guían
por el largo desierto. — Para el hombre trabajan,
para el hombre que sufre; — para el hombre, su hermano.

Solitarias y tristes, — orgullosas y altivas;
generosas al cabo, — con la tierra y el hombre,
¡respetemos las cimas, — adoremos las cumbres!

BUCÓLICA

El sol, ya sin corona, declina tras el monte.
Está como incendiado... Deslumbra el horizonte...

Empieza a desprenderse la sombra sosegada...
Ya sube desde el río; ya invade la cañada.

Por las ondas del aire, hace poco tranquilas,
suena, con claras notas, un repique de esquilas,

y un rebaño aparece, confuso y blanquecino,
dominando un repecho del angosto camino.

Es uno de esos típicos, numerosos rebaños,
que la tórrida Mancha dejan todos los años

cuando el calor de Junio, como temible azote,
requema las llanuras que ilustró *Don Quijote*,

para buscar la fresca temperatura sana
que en verano les brinda la tierra segoviana.

Viene el largo rebaño, de polvo muy cubierto,
con andar fatigoso, en demanda del puerto.

Para dejarle paso, me encaramo en la cerca
de unos prados vecinos. El rebaño se acerca.

Un buen pastor lo guía, seguido por sus perros,
y van detrás, sonando sus enormes cencerros,

unos carneros mansos, que marchan muy unidos,
de lanas muy espesas y cuernos retorcidos.

Siguen muchas ovejas, a miles, apretadas,
como si fueran todas por el miedo llevadas;

cabras negras y rubias, como noches y días,
y entre cabras y ovejas, rebrincando, las crías.

A lomos de sus recios caballos andadores
llevan el *atavío* los morenos pastores,

que a su grey acompañan, con perenne cuidado,
y que a la postre cierran la marcha del ganado

con otro blanco golpe de carneros lucidos,
—las testas bien armadas de cuernos retorcidos,

los cuerpos tan guardados, con lanas tan espesas, —
y cuatro grandes perros, feroces en sus presas.

En un serón de un potro va un chivo fatigado.
Ni un momento se aparta la madre de su lado.

Mirándole se alegra, mirándole camina.
El chivillo se asoma, y la madre se empina,

y así como los pájaros se besan con los picos,
juntan ellos, gozosos, los trémulos hocicos.

Si alguna oveja escapa por la verde ladera,
un pastor la detiene con pedrada certera,

y repite su historia la oveja desmandada
con quien ejerce oficios de razón la pedrada.

. . . .
. . . .

El rebaño se aleja. La noche se avecina.
En las sombras que crecen, el rebaño camina,

Mientras se va apagando la tarde melancólica,
se va desvaneciendo la aparición bucólica.

Voy, sin sentir, dejando *el mundo y su rüido*
en un lejano término de un sosegado olvido.

Paréceme que aquieta sus zozobras el alma
en la paz inefable de esta infinita calma...

Desde un pueblo cercano llegan las vibraciones,
graves y prolongadas, del toque de oraciones.

El aire es apacible. Sopla apenas, muy blando.
Ya muy lejos, muy lejos, un pastor va cantando.

En este misterioso morir de un bello día,
el campo da su aroma más puro: su poesía.

Bajo su influjo mágico, parece la cañada
más hermosa que nunca, ¡de sí misma encantada!

Por el sereno ambiente de este cuadro de idilio,
dijérase que pasa la sombra de Virgilio...

CONFESIÓN

Una insensata vehemencia
para sentir me ha perdido.
La lucha por la existencia
me ha rendido.

Vivo presa de un terror,
¡que no es el miedo a morir!
Lo que me causa pavor
es vivir.

Apenas mi sombra soy,
con martirio tanto y tanto,
y así muriéndome voy,
muriéndome voy... ¡de espanto!

Esta es la triste verdad
de mi suerte.
Los que sabéis mi ansiedad,
¡tenedme, por Dios, piedad
en mi vida y en mi muerte!

LA NOCHE DE LAS HOGUERAS

I

La noche ha llegado, purísima y clara.
Apuestos galanes y mozas apuestas,
que siempre con filtros de amor hechizara
la clásica noche, ¡tornad a sus fiestas!
La noche famosa volvió de San Juan.
San Juan a los hombres sonríe.
De ver sus leyendas triunfantes se engríe.
¡Galanes y mozas, cantad y bailad!
Los cielos se visten con luces de plata.
Es astro en la tierra la roja fogata.
La noche es de ensueños.
¡Galanes y mozas, soñad!
La fiesta es de amores.
¡¡Doncellas y mozos, amad!!

Redonda, la luna, preside el encanto
del mundo que goza, del hombre que marcha
detrás de un ensueño, feliz entretanto...

¡Prendida parece, del cielo en el manto,
magnífica rosa de luz y de escarcha!
Su luz misteriosa, que es pura delicia,
se aduerme en el llano, recubre la sierra,
se extiende impalpable... Como una caricia
que viene del Cielo, recorre la Tierra.
No es dable que miren
los ojos humanos mayor hermosura.
Bellezas tan dulces no es dable que inspiren
mayores anhelos de paz y ventura.

¡Qué cuadro tan vivo! Lo veo
con ávidos ojos. ¡Lo evoca el deseo!
Cuán buena retorna, sembrando esperanzas,
la noche en que es siempre verdad la quimera.
Los mozos y mozas enredan su danzas
en torno a la hoguera...
Con saltos y gritos nerviosos, vibrantes,
las vueltas repiten del clásico juego;
inundan a veces de luz sus semblantes
las llamas que crujen, con tonos de fuego.
Sus manos se estrechan y enlazan;
formados en ronda circulan veloces;
persíguense locos, y al cabo se abrazan,
llenando los aires de báquicas voces.
Y siguen danzando,
soñando..., soñando

con grandes victorias de amor y fortuna,
risueñas las mozas, los mozos risueños...;
¡y sigue alumbrando la fiesta la luna,
la luna, que es astro de amor y de ensueños!

Empiezan a poco las coplas de amores,
que cantan el logro de tiernos favores
o lloran las penas de injusto desvío...
Y, en tanto, ¡qué gozo!, ¡praderas y alcores,
montañas y valles, con frutos y flores,
la entrada celebran del pródigo Estío!
La noche es de ensueños.
¡Galanes y mozas, soñad!
La fiesta es de amores.
¡¡Doncellas y mozos, amad!!

II

¡Ay, que aquí, por la sierra en que habito,
donde ha noches levanto mi tienda,
donde busco la cura o la enmienda
de este mal que me acosa, maldito,
— dominando en la cumbre al granito,
sin cesar fatigando la senda, —
se comete... *el enorme delito*

de ignorar tan hermosa leyenda!
Y en tan mágica noche no encuentro
ni misterios dichosos que encanten,
ni doncellas graciosas que rían,
ni galanes apuestos que canten.
Y no puedo sentir esperanzas,
ilusiones de gloria y amor;
sólo siento pesar, y añoranzas
de otro tiempo, pasado y mejor;
de otra tierra, lejana, ¡la mía!,
¡mejor que ninguna!,
donde habrá... ¡cuánto amor!, ¡qué alegría!,
¡cuánta gente que cante y que ría!...
¡esta noche! ¡¡a la luz de esta luna!!
¡Ay, la alegre región gaditana,
mi tierra lejana;
los Puertos..., Chiclana...,
que estaréis..., estaréis a estas horas
para mí tan esquivas, tan fieras,
como envueltos en lumbre de auroras,
a la luz de las altas hogueras...!
¡Ay, mi tiempo pasado y perdido!
¡Cuánto y cuánto recuerdo querido,
de mis locos y vanos empeños,
me atormenta, me acosa, vencido!
¡Ay, por algo esta noche es de ensueños,
pero no de piedad ni de olvido!

Levantad, extended — *candeladas*
de San Juan, en mi típica tierra, —
levantad y extended llamaradas
que iluminen mi lúgubre sierra;
llamaradas de amor y de fuego,
para un pobre que muere de hastío;
para un triste de espíritu ciego;
¡para un alma que tiembla de frío!
¡Que me llegue su luz! Que un instante,
como al sol de una rubia mañana,
mire yo, con transportes de amante,
mi ciudad, mi ciudad gaditana;
¡que yo sueñe también!, que me vea
como entonces, con alma de niño;
sin pesares ni angustias; ¡que crea
que en el mundo no hay más que cariño!;
¡que no medran astutos traidores,
que no matan los grandes dolores,
que no arraigan los grandes temores
sino en ánimos viles, pequeños...!
¡Ame yo! ¡La velada es de amores!
¡¡Sueñe yo, que es la noche de ensueños!!

TOQUE DE ÁNIMAS

Desde la hermosa cañada
no se alcanza a ver el pueblo.
Lo secuestran a mis ojos,
con sus moles, unos cerros.
Pero en las ondas süaves
del aire fino y sereno,
turbando la hermosa calma
de un dulcísimo silencio,
— mientras la tarde, en los brazos
de la noche, va muriendo, —
llegan a mí, repetidos,
prolongados por los ecos,
los sones de las campanas
de la iglesia..., ¡pobre templo
que, encaramado en el monte,
parece escalar el cielo!
Tocan a oraciones. Vibran

los tañidos graves, lentos,
desgranados, ¡misteriosos!,
¡¡pavorosos!!, ¡plañideros!
Llegan hasta mí con trémulas
vibraciones de lamento,
destacados en el aire
sobre un solenme silencio;
mientras se escuchan apenas,
como murmullos ligeros,
las coplas de unos pastores
que están muy lejos, muy lejos...;
mientras la tarde, en los brazos
de la noche, va muriendo...

Las plañideras campanas
invitan a la oración.
Ya en los cielos brilla apenas
la luz muriente del sol.
Siento el alma conmovida
por una intensa emoción.
Y empiezo a rezar, y digo,
con lágrimas en la voz :
Por el alma de la madre
de mi vida, que esté en Dios.

No sé definir la angustia
que voy sintiendo. ¡No sé!

Esta emoción es muy triste,
pero es muy dulce también.
Anhela por un mañana,
suspira por un ayer.
...Y sigo rezando, y digo,
pensando y pensando en él:
Por el alma de mi padre,
que goce de Dios. Amén.

Allá en Oriente ya brillan
algunos blancos luceros.
Las plañideras campanas
siguen sonando a lo lejos.
A cada instante resuenan
sus tañidos más siniestros,
y al resonar se destacan
sobre un más grave silencio.

Tenuamente, vagamente,
nacen y luchan en mí
sensaciones misteriosas
del vivir y del morir.
Y siguen vueltos mis ojos
hacia el recuerdo infeliz,
y vuelvo a rezar, y vuelvo,
con lágrimas, a decir;
Por el eterno descanso
de aquel hijo que perdí.

Van creciendo, van creciendo,
mi zozobra y mi inquietud.
Se va espesando la sombra.
Se va extinguiendo la luz.
Torno a pensar en la muerte
y en mi caduca salud,
y digo, mirando al cielo,
los brazos abriendo en cruz:
Por el eterno descanso
de mi cuerpo. Amén, Jesús.

Cerró la noche, piadosa.
Poco a poco enmudecieron
las campanas. Ya no turban
la majestad del silencio
ni la más lejana copla,
ni el murmullo más ligero.
Y en tanto, yo todavía
rezo y lloro, lloro y rezo:
por todos los que me amaron,
y pasaron... ¡y se fueron!,
¡¡por cuantos hoy me quisieren!!,
¡¡por mis vivos y mis muertos!!

¡Ay, que el llorar es alivio,
como el rezar es consuelo!
¡Llorad bien, llorad, mis ojos!

¡Recemos, alma, recemos!
¡Dios nos mira! Dios me escucha
compasivo...

PADRE NUESTRO...

. . . .
. . . .

MAÑANA DE JUNIO

El sol se ha presentado tan sonrïente
desgarrando las sombras allá en Oriente,
sus rayos nos deslumbran de tal manera,
que parece que brilla por vez primera.
Con él se ha levantado la fresca brisa,
vacilante al principio, como indecisa,
como si no pudiera, con soplo lento,
recobrar, de improviso, todo su aliento.
Pero pronto se alegra, pronto se anima;
se tiende por el valle, trepa a la cima;
roza de las montañas los verdes flancos;
se escurre por las quiebras de los barrancos;
se enreda entre las ramas de los pinares,
y juega con el humo de los hogares;
y lo mismo en la cumbre, de sol bañada,
que en la grata penumbra de la cañada,
por donde va volando lleva alegría...
¡el alegre saludo del nuevo día!

Mañana deliciosa, toda pureza;
regalo de la Madre Naturaleza;
expansión de la vida del tiempo mozo,
que retorna a los campos lleno de gozo:
cuanto vuelve contigo de ti se engríe;
canta con tu hermosura, ¡contigo ríe!
Todo a tu paso leve feliz despierta.
Vas llamando en el pueblo, de puerta en puerta,
y a tu aviso discreto, con voz de aurora,
va saliendo la gente madrugadora.

Los árboles estaban medio dormidos;
ya despiértanse todos, estremecidos,
estirando las ramas, cabeceando,
como si se estuvieran desperezando...,
y al sentir las caricias del sol ardiente,
se levantan y esponjan, ¡tan guapamente!

Los pájaros se escapan de las umbrías
para darse en el aire los «buenos días»;
vuelan todos, revuelan, alborozados,
con los rápidos vuelos entrecruzados,
y al tornar a sus ramas y hallar sus nidos,
alegran los pinares con sus chillidos.

Las aguas del arroyo parecen locas,
por lo inquietas que saltan sobre las rocas;

en su cauce de peñas, de tajo en tajo,
rebrincando de gusto, montaña abajo;
reventando en espumas tornasoladas,
igual que si rompieran en carcajadas.

Los rosales se cubren de mariposas
como si se pusieran alas sus rosas;
mariposas vestidas de resplandores,
que en los frescos rosales son como flores.

Sobre el suelo quebrado de la vereda,
bajo el techo frondoso de la arboleda,
unas mozas muy lindas corren brincando,
y unos mozos alegres las van cazando...
Ellos insisten, ellas huyen veloces,
y a lo lejos se pierden sus frescas voces...

Da vueltas y más vueltas, aprisa, ¡aprisa!,
una campana alegre tocando a misa,
¡y es la canción vibrante de la campana
un himno a la hermosura de la mañana!

Cuán brillante, cuán puro, cuán transparente,
cuán barrido de nieblas está el ambiente.
En sus ondas tan limpias, tan sosegadas,
destácanse las cosas como engarzadas.
Y es a la vez el aire tan vivo y loco,

vuela tan lisonjero, pesa tan poco,
tales son sus olores a cosas buenas,
¡que parece que pasa quitando penas!

¡Oh, hermosa lozanía del tiempo mozo,
que retorna a los campos llenos de gozo;
oh, gozo de los hombres, y de las cosas,
en las buenas mañanas, buenas y hermosas;
cuando todo es ventura, calma y consuelo;
la luz como una risa del claro cielo,
y una risa del aire la inquieta brisa
que en el bosque se pierde... loca de risa!

Mañana deliciosa, buena mañana,
alegre como el toque de esa campana,
que en su torre da vueltas, aprisa, ¡aprisa!,
cada vez más gozosa, tocando a misa:
en el pecho me infundes alientos sanos,
al soplo de estos puros aires serranos;
enciendes a mis ojos, en lontananza,
con reflejos brillantes, luz de esperanza;
mi frente oreas,
y en mi mente disipas tristes ideas...
¡Mañana cariñosa, bendita seas!

LA BALADA DE LOS VIEJOS

I

Es noche de Noche Buena
y es noche de temporal;
es noche para los lobos
que rondan por el pinar.
Las casucas de la aldea
medio enterradas están.
Silba el aire lastimero.
Nieva y nieva sin cesar.
Pobre aldehuela serrana,
sumida en tétrica paz,
invadida por la nieve,
batida del vendaval,
¡para ti no trajo fiestas
la noche de Navidad! —
Es muy grande en el invierno

la miseria del lugar,
y no hay fiestas donde faltan
gozo y lumbre, vino y pan.
¡Qué noche de Noche Buena!
¡Qué noche de temporal!
¡Qué noche para los lobos
que rondan por el pinar!

—

De su casa — medio hundida —
de su casa en el zaguán,
cerrado por una puerta
que encaja y que cierra mal,
una abuela y un abuelo,
muy comidos de la edad,
encorvados por las penas
y los años a la par,
¡tan débiles que parecen
la extrema debilidad!,
sentados junto a la lumbre
pasando la noche van.
El fuego, que débilmente
disipa la obscuridad,
y entibia apenas el frío
de la velada glacial,
es el fuego de unas brasas

que expiran sobre el hogar,
en un rincón renegrido
del polvoriento portal.
Solloza el viejo; la vieja
solloza y solloza más...
En vano luchan los pobres
contra la suerte fatal.
Tuvieron hijos muy majos;
nietos de alegre parlar,
con los cabellos muy rubios,
con el aire muy galán.
Murieron sus hijos todos,
—¡Dios los tenga en santa paz! —
y sus nietos, — ¡cuántas penas! —
hechos mozos, mozas ya.
Quedáronse los abuelos
en horrenda soledad;
por sus duelos acabados,
consumidos de llorar.
Desde entonces ya no aguardan
la noche de Navidad,
como en el tiempo dichoso,
para cantar y bailar.
Sólo a veces, con un dejo
de zozobra y de ansiedad,
tímido tiembla en sus labios
un viejo y triste cantar,

copla que vibra en el aire
como un toque funeral:
¡La Noche Buena se viene,
la Noche Buena se va!
Y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

—

Clama el aire, desolado.
Nieva y nieva sin cesar.
Solloza el viejo, la vieja
solloza y solloza más.
Y las brasas agonizan
lentamente en el hogar,
y va siendo más medrosa
cada vez la obscuridad,
y más temeroso el frío
de la velada glacial.
De pronto principia el viejo,
con voz baja, a recitar;
con una voz pavorosa,
como ninguna quizás;
con un rancio y monotono
sonsonete de juglar.
¿Qué dice? ¿Por qué la abuela
temblando y temblando está?

¿Qué balbuce? *La balada*
de los viejos del lugar;
canción de un tiempo remoto,
flor marchita de otra edad;
la *Balada de la Muerte,*
que es tan mala de cantar;
otros versos que resuenan
como un toque funeral.
Todos los hombres del pueblo
de niños la saben ya;
de viejos, todos la cantan,
con un tono siempre igual,
con un rancio y plañidero
sonsonete de juglar.
Clama el viento, desolado.
Nieva y nieva sin piedad.
La abuela suspira. El viejo
diciendo y cantando va:

—

«¡Segador!
¡Llévate allá tu guadaña!
¡Por el amor del Señor!
La tengo en tan grande horror
como el sembrado al granizo,
como el monte a la alimaña,

y como al aire invernizo
la gente de la montaña.
Escúchame, por favor.
¡Llévate allá tu guadaña,
segador!

—

»Mas no; no escuches mi ruego,
ni con sorpresa me mires.
No tan luego
con los tuyos te retires.
No te alejes
tan de pronto; no me dejes
sin compaña.
¡Por el amor del Señor!
Espera con tu guadaña,
segador.

—

»Tiemblo como no temblé,
sufro como no sufrí,
ni cuando más recelé
ni cuando más padecí.
Ve por qué.

Siegas tú la mies granada,
tan dorada;
bien regada
por lluvias apetecidas,
y aquí las hierbas lucidas...
La Muerte, que es más osada,
siega vidas.
Postráronme desengaños;
al fin me acaban los años,
y al fin me acecha la muerte,
que es más fuerte
que tu brazo, segador.
¡Ya viene por la montaña,
por donde el aire traidor...!
¡¡Defiéndeme, por favor!!
¡¡Siégala con tu guadaña,
segador!!»

II

Sonó de súbito un golpe
sobre el angosto portón.
La abuela gritó espantada,
y el abuelo enmudeció.
Nuevos golpes, repetidos,

aumentaron su terror.
Silbaba el aire furioso
con ímpetus de ciclón.
Nevaba recio. En las sombras
otro golpe resonó.
«¿Quién va?», los viejos gritaron,
con grande miedo en la voz.
Escucharon anhelantes,
pero nadie respondió.
¿Era el viento quien llamaba
sobre el rústico portón?
¿La Muerte quizás? Los viejos
se encomendaron a Dios.

—

De pronto, al rápido empuje
del cierzo devastador,
rota en tablones, la puerta
de la casuca saltó,
y entró el viento como loco,
ciego, terrible, feroz...
— ¡Cierra, cierra! — la abueluca
desesperada gritó; —
que es la Muerte la que llega,
por donde el aire traidor.
Su manto es manto de nieve;

candelas sus ojòs son.
Mírala bien, que nos mira,
como en acecho, a los dos.

—

En vano quiso el abuelo
cerrar el tosco portón.
Una y diez veces, el ímpetu
del viento lo rechazó
con sus zarpazos de fiera,
con su empuje de ciclón.
Sobre el hogar, el rescoldo
del fuego se consumió;
siguió penetrando el aire
como un loco, y a traición;
lentamente la tiniebla
de la noche se espesó.

—

Amoratados del frío,
traspasados de pavor,
refugiáronse los viejos
en el más hondo rincón.
Murieron allí, del frío
y del espanto, los dos.

La Muerte fué quien llamara
sobre el rústico portón,
dando golpes, a los golpes
del cierzo devastador.
Con el ímpetu del aire,
por la casuca se entró.
¡Vino en las alas del viento;
por donde el aire traidor!

III

¡Mala noche la de Pascua!
¡Qué noche de temporal!
¡Qué noche para los lobos
que rondan por el pinar!
¡Pobres abuelos! En tierra
los pobres descansan ya.
¡Felices ellos, al cabo!
Los llevaron a enterrar
donde sus hijos reposan,
donde sus nietos están:
en un hoyo del humilde
camposanto del lugar.
Clama el viento, desolado.
Nieva y nieva sin piedad.

En las casucas no hay fiestas
de comer y de bailar.
No hay fiestas donde no abundan
gozo y lumbre, vino y pan.
Sólo un mozo rezagado,
rezagado en el cantar,
va clamando por las calles,
en medio del vendaval:
¡La Noche Buena se viene,
la Noche Buena se va!
Y nosotros nos iremos
y no volveremos más.
¡Qué noche tan temerosa!
¡Qué noche de temporal!
¡Qué noche para los lobos
que rondan por el pinar!
La Noche Buena se viene...
La Noche Buena se va...
¡Los abuelucos se fueron...
para no volver jamás!

—

Segador,
que siegas en la montaña
la hierba del prado en flor,
cuando principia el verano:

¡llega pronto, sin temor,
con la guadaña en la mano!
La Muerte no tiene entraña
para sentir el amor.
Siega las vidas con saña.
Si vuelve por la montaña,
por donde el aire traidor,
¡¡siégala con tu guadaña,
segador!!!

PIERROT EN LA SIERRA

SCHERZO

Es una noche de luna clarísima,
sin una gasa de niebla importuna.
A los pinares, pinares de nieve,
baja Pierrot en un rayo de luna.

Llega Pierrot, deslizándose; joven,
ágil, gallardo, con rostro risueño.
Llega gentil, por un rayo de luna,
cual por la escala de un místico sueño.

Baja a la orilla del trémulo río,
que entre peñascos sus ondas desata,
todo sembrado de chispas de luna;
toca en la orilla de un río de plata,

trémulo río, de espumas cubierto,
que, cual Pierrot, va vestido de blanco,

y con sus risas constantes alegra
las arideces de un hosco barranco.

¿Qué es lo que busca Pierrot, decidido,
por el pinar, tan hermoso y agreste,
por estas márgenes del río de plata,
y en esta noche tan clara y celeste?

¿Qué es lo que busca Pierrot en la Tierra?
Claro lo dice su afán amoroso,
que, bajo el cielo tranquilo, contrasta
con la delicia de tanto reposo.

Busca a su hermosa gentil Colombina.
Ella, que es pródiga de vanos caprichos,
en la aventura de trágicos hechos
como en la gracia de cómicos dichos,

plácese a veces, en estas fragantes
noches serenas de un cálido Junio,
mientras inunda los cielos de encanto
la claridad del azul plenilunio...

plácese en dar diversión a sus ocios,
sin refrenar su indomable albedrío;
por estos anchos y hermosos pinares,
a las orillas del trémulo río.

Deja su mundo, tan grande y fantástico,
por este mundo, vulgar y pequeño...
donde parece su vida romántica,
más que en el otro, la historia de un sueño.

Náyade siéntese, del río en las márgenes;
húmedas hierbas la sirven de adorno.
Presto desnuda su cuerpo hermosísimo,
cifra perfecta del curvo contorno...

Y al descubrir perfecciones tan raras,
sin una sombra de gasa importuna,
¡más se estremecen las ondas del río!,
¡más se estremecen los rayos de luna!

Ella no advierte que tiemblan las aguas,
ni que, al mirarla, suspiran las frondas;
¡dócil entrega su cuerpo blanquísimo
a las caricias de amor de las ondas!

Súpolo ha poco Pierrot, en su mundo;
supo de tales alegres hazañas,
por estos anchos pinares magníficos,
en estas verdes y hermosas montañas;

y con afán de causarle desvelos
presto Pierrot devolvióse a la Tierra;

¡a los pinares, pinares de plata!;
¡al corazón de la mágica sierra!

Vió, de improviso, detrás del ramaje
como brillar los destellos de un astro;
como una imagen de diosa, blanquísima;
como una estatua, de puro alabastro;

y era su amada la imagen, la diosa,
y era su amada la fúlgida estrella,
más que vestida con galas, desnuda,
toda desnuda — ¡qué asombro! —, más bella.

Verla y llamarla fué todo en un punto.
Roto, en un punto, quedóse el encanto.
Ella le vió, y un momento quedóse
como clavada, clavada de espanto.

Pero, bien pronto, repuesta del susto,
fuése a la margen, con planta muy leve,
y se internó por las frondas amigas,
abandonando sus ropas de nieve.

Él, que la sigue, su amada escapándose,
luego la emprenden con larga carrera;
él, como gamo robusto y airoso,
y ella cual corza gentil y ligera.

Van por los prados, corriendo y corriendo,
y alborotando rediles y apriscos;
ganan un monte, y al cabo la cumbre,
con sus murales coronas de riscos.

Ya por las peñas vestidas de musgo,
al pretender avanzar, se resbalan;
ya con los pies y las manos a un tiempo
moles terribles de piedras escalan.

Casi llorando, con voz de cariño,
él la suplica que ceda y se fíe...
¡mientras la luna parece una cara
que de algún cómico lance se ríe!

¡¡Ay de la Amada, que escapa a su dueño!!
Al descender por abrupta ladera,
ya fatigosa..., nublados sus ojos...,
entre zarzales quedó prisionera.

Llega Pierrot. ¡Ya la tiene! ¿Principia
la escena, acaso, de un trágico drama?
No. ¡Se repite la amable comedia
del caballero galante y su dama!

Él la perdona con frases de amores.
Ella le mira con mudo embeleso.

¡Pronto un abrazo, de nuevo, los une!
¡Junta, muy pronto, sus bocas un beso!

¡Y él, todo blanco, su Amada blanquísima,
sin una sombra de gasa importuna,
suben al cielo, los dos, abrazados,
sobre dos trémulos rayos de luna!...

AGUA DEL CIELO

Los campos, curtidos
del sol y del aire,
clamaban sedientos
por lluvias benéficas.
La lluvia ha llegado
por fin, con la tarde;
la lluvia anhelada,
copiosa y serena.

Sintiendo sus gotas,
sus gotas purísimas,
las ramas se yerguen,
se esponjan las flores,
y un rápido aliento
de intensa alegría
parece que pasa
por valles y montes.

Los campos embeben
las trémulas gotas,
y olores despiden
fragantes y frescos,
y, al fin, cuando acaba
la lluvia piadosa,
¡parece la tierra
vestida de nuevo!

LA DE LOS OJOS NEGROS

Zagala del gesto triste,
zagala trigueña clara;
con bella frente, de diosa;
con fino cuerpo, de estatua;
la de la boca encendida
más que la abierta granada;
flor de los tétricos montes
como la flor de las jaras:
tienes los ojos muy negros
y tan ardientes, que abrasan;
ojos grandes, que asesinan
o enloquecen a mansalva,
con las pupilas muy hondas,
con las pestañas muy largas.

Por eso un mozo moreno,
que está por las mozas guapas,
anoche se fué a cantarte
debajo de tu ventana,
con su voz la más pulida,
y al compás de su guitarra:

A todos los ojos negros
los van a prender mañana;
tú, que tan negros los tienes,
échate un velo a la cara.

—

Nunca ha mentido la Musa
popular, sencilla y franca,
ni cuando goces predice,
ni cuando males presagia.

Atiende bien sus consejos,
no los olvides, zagala,
y échate un velo tupido,
muy tupido, por la cara.
Mira que tus ojos negros,
los de tan negras pestañas,
son candelas porque encienden,

y puñales porque matan...
¡y ya sabes lo que dice
la copla que te cantaran:

A todos los ojos negros
los van a prender mañana!...

LA TORMENTA

El pueblo, y el monte, y el amplio contorno,
se rinden postrados. Aplana el bochorno.
Las tierras abrasan lo mismo que un horno.
Difusa calina, difusa y confusa,
recubre los picos, los puertos, en torno.

Se ahogaba la brisa; dejó la arboleda.
El aire, en el bosque, dormido se queda.
Aliento cansado de un pecho remeda.
A rastras la densa neblina camina.
Vapor asfixiante cubrió la roqueda.

No es grato: fatiga tan hondo sosiego.
Los árboles callan, los pájaros luego.
Las aguas se niegan al salto y al riego.
Parece que el aire contagia; presagia
que vienen, que llegan las nubes de fuego.

El fuego en sus hondas entrañas se encierra.
Son nubes de espanto; son nubes de guerra.
Temblando a sus iras, se postra la tierra.
Ya vienen las nubes airadas,
las nubes preñadas
de males y daños, las nubes de guerra.
Ya vienen, ya tienen
cogida en sus garras a toda la sierra.

En tanto, sofoca y aplana el bochorno.
Las tierras transmiten la fiebre del horno.
El aire en el bosque dormido se queda.
Aliento cansado de un pecho remeda.
Recubre los montes intensa calina,
y a rastras la densa neblina camina.

Un aire se mueve, muy leve..., muy leve...;
un aire muy breve
que apenas se mueve;
un aire muy manso que a nada se atreve;
un aire muy ledo, muy quedo;
un aire que tiembla, que tiembla de miedo...

El aire, tan quedo, se agita;
despierta, palpita...
Un soplo que llega del monte lo excita.
Sus alas extiende.

Por toda la anchura del valle se tiende.
Ya vuelos emprende.
Su soplo es de fuego: las tierras enciende.
De pronto, en un solo y horrible momento,
se espanta, se encoge con tímido aliento,
captado, cazado, comido del viento,
y un cálido viento sus furias desata:
el viento invencible, fogoso, terrible,
¡que ciega y que mata!

El viento es heraldo que manda la nube.
Lo mismo que el águila viene.
Lo mismo que el águila sube.
Sus golpes no cuenta;
ni para ni alienta;
parece que el mismo volar lo acrecienta;
que el ímpetu mismo que lleva lo anima.
De un salto—¡miradle!—se planta en la cima
que busca el milano y el pino corona,
y allí, con acentos de furia violenta,
con bárbaras voces, publica y pregona
que acude, que viene detrás la tormenta.

Llegó como un monstruo, que teme de nada;
se entró por el puerto, barrió la cañada,
cual monstruo de múltiples brazos,
que a ciegas reparte sus recios zarpazos.

Acá se levantan, y allá, remolinos
que en ondas y en lluvia de polvo concluyen;
que barren atajos y borran caminos...
Los pájaros llegan; los pájaros huyen...
Los árboles locos parecen,
que así cabecean, y tal se estremecen,
y tal, con temblores de rápidas llamas,
agitan, nerviosos, las trémulas ramas.
Y en vano a la lucha se aprestan.
Prendidos, sujetos del suelo en que viven,
con débiles golpes sus brazos contestan
al golpe feroz que reciben.

¡Ya vino la nube! Ya rasga sus senos,
volcando la lluvia a torrentes;
rebosan sus aguas los cauces rellenos;
el torvo nublado vomita serpientes
de escamas ardientes...
¡Ya ciegan los rayos y aturden los truenos!
Jamás la tormenta—¡cuán brava!, ¡cuán dura!—
pasó ¡deslumbrándome! con tanta hermosura.
¡Jamás a mis ojos pasó tan altiva,
tan larga, tan recia, tan grande, tan viva!
¡Jamás la anunciaron, con tales acentos,
con ímpetus tales, sus ásperos vientos!
El rayo que baja
cortando las nubes, ya es filo que taja;

ya es punta que escinde, que raja;
ya es mazo tremendo que rompe y desgaja;
¡ya es fuerza de alud que descuaja!
Ya viene de un trazo, seguro, certero:
ni un punto en las ondas del aire se quiebra.
Ya traza en las ondas del aire ligero
la marcha ondulante de larga culebra.
A veces, difunde su luz azulada
por toda la extensa cañada;
a veces, sumando sus cárdenas lumbres,
lo mismo que un dardo se clava en las cumbres,
y en tanto, con voces de trágico treno,
retumba, de valles en valles el trueno.

Más fuerte retumba
que el viento que silba, que clama y que zumba...
¡Retumba!, ¡¡retumba!!, ¡y asombra y arredra!
¡Parece que estallan los montes de piedra!
¡La bóveda inmensa parece que cruje!
¡Parece que el aire fatídico ruge,
con otra tormenta, de olímpicos celos;
que pone en los cielos rabiosos anhelos;
que escala el nublado, con rápido empuje,
con súbitos vuelos,
y al cabo, triunfante, clavando su garra,
con fuerzas de Atlante, desgarra..., desgarra...,
desgarra los cielos!!!

¡Tormenta grandiosa!..., por ti transformado,
por ti saturado
del hálito mismo, quizás, que te lleva,
¡retorno a la vida del tiempo pasado!;
¡mi espíritu, alegre, su vida renueva!

Por ti, y en tu seno,
mejor que en las horas del ocio y la calma,
disipo mi angustia, mis ansias enfreno;
¡restauro los bríos del cuerpo y del alma!
¡Sacude mi cuerpo su torpe desmayo;
mi espíritu alienta, mi espíritu sube,
y en fáciles vuelos sus alas ensayo;
mi espíritu quiere subir con la nube,
volar con el aire, vibrar con el rayo;
tornar al ensueño, tornar a la altura;
sin mal que le postre, sin ley que le mande!...
Tormenta grandiosa,—¡cuán brava!, ¡cuán dura!:—
¡mi espíritu adora tu larga aventura,
tus libres alientos, tu espíritu grande!

¡Volvedme, los vientos
de libres y fuertes y puros alientos,
tornadme a las fuertes y sanas canciones!
¡Seguid alumbrando mi ruta, centellas!
¡Vibráis como grandes y locas pasiones!
¡Volvedme a las mías! ¡¡No vivo sin ellas!!

¡Descarga la nube, rasgando sus senos,
volcando la lluvia a torrentes...!
Rebosan sus aguas los cauces rellenos.
El torvo nublado vomita serpientes
de escamas ardientes...
¡Los rayos deslumbran!, ¡aturden los truenos!
Y en tanto, la hermosa tormenta me agita,
me alegra, me excita;
¡con gozo del alma mi pecho palpita!
¡Señor de los valles, Señor de la sierra,
Señor de las aguas del mar y del río!
¡Señor de los Cielos!... ¡Señor de la Tierra!
¡Dios santo!... ¡Dios mío!
¡Rendido a tus plantas mi amor te consagro!
¡Ya vuelvo a ser mío!... ¡Recobro mi brío,
siquiera un instante, por nuevo milagro!
¡Señor, que los orbes gobiernas,
Señor de los mundos y Padre del hombre,
Señor de las grandes verdades eternas,
cien veces, mil veces, bendigo tu nombre!
Por Ti, que perdure mi juicio sereno;
por Ti, que me salve de nuevo desmayo.
¡Quisiera ser fuerte!... ¡Quisiera ser bueno!
¡Si no, que enloquezca, por obra del trueno!;
¡¡si no, que sucumba, por obra del rayo!!

ROSAS DEL MONTE

En el jardín de una casa
refugiada en el pinar,
ayer tarde vi unas rosas
como no las vi jamás;
flores campesinas, flores
de una montaña feraz,
nacidas como entre peñas,
en un silvestre rosal.
Grandes son, como la cara
de un niño, si no son más.
Con matiz incomparable
vestidas de rosa están.
En los labios de una virgen
no se admira tono igual;
por la finura, purísimo;
por la color, singular.
Y es tan intenso y fragante

su aroma primaveral,
que no tan sólo el sentido
se complace en aspirar
el perfume delicioso,
y exquisito, y especial,
de un olor tan regalado,
¡que es el sumo regalar!
El alma entera lo aspira;
con gusto no, ¡con afán!

Flores campesinas, flores
de la montaña feraz,
que nacisteis por impulsos
de la Tierra y del Azar,
y esquivasteis las caricias
de monstruo del huracán
resguardadas por los troncos
apretados del pinar:
símbolos sois, admirables,
de belleza natural;
de la belleza que en vano
los hombres imitarán,
porque las artes del hombre
no la pueden imitar.
No conoceréis vosotras
el aire de la ciudad,
que os marchitara muy pronto,

como atmósfera letal.
Símbolos sois de una vida
toda en un mismo lugar,
donde la vida y la muerte
tan juntamente se dan.
Sobre los brazos maternos
de las ramas del rosal,
os marchitaréis tranquilas,
moriréis en dulce paz,
y otras flores, en los mismos
tiernos brazos nacerán,
con las rimas de sus pétalos
satisfechas de cantar,
a la paz de sus montañas,
a su existencia fugaz,
y a los primores y encantos
de la hermosura sin par:
la vuestra, rosas del monte,
¡la belleza natural!

LA CARRETA

Por caminos y atajos, la carreta camina,
la carreta recruje, la carreta rechina;

al andar de los bueyes, tan enormes y lentos,
sin cesar fatigados, sin cesar soñolientos;

al gemir de sus tablas, por los malos caminos;
al girar de sus ruedas, en sus ejes cansinos.

Por atajos muy duros, la carreta rechina,
con su música tosca, de canción campesina;

con su música triste, que se queja, y que deja
por el aire una larga vibración de su queja.

Todo va, en la carreta, de su marcha cansado :
tan rendido el boyero como el lento ganado;

lacia y mustia la hierba que, en montañas, se hacina
sobre el fondo de tablas, que se rinde y rechina;

mustio y lacio el mozuelo que se tiende y enerva
recostado en las cimas de los montes de hierba.

Todo va sofocado por la ardiente mañana.
Todo va con pereza, con fatiga..., sin gana...;

sin que nadie se queje de un andar tan reacio;
sin que nadie se duela de vivir tan despacio.

¿Hacia dónde el boyero, con la vara que rige
los destinos de todos, la carreta dirige?

¿Es quizá que sus bueyes se adormilan y tardan
porque en parte ninguna la conocen ni aguardan?

¡Ah carreta de bueyes, bajo el sol...! Se dijera
que caminas tan poco porque nadie te espera.

... Así va, por el mundo, tan cansada, la vida,
cuando el ánima pobre se rindió dolorida...

Así en horas muy tristes, con el agrio sonido,
con las notas dolientes de un profundo quejido,

hoy se arrastra mi verso de indolente poeta...
con la música triste de la pobre carreta.

Mas ¿qué importa? Mi verso con razón se retarda.
¡Ningún alma, que rime con la suya, le aguarda!

. . . .
. . . .

Por las cuestas del monte la carreta camina,
con su música tosca de canción campesina...

... Y allá va por el aire mi canción plañidera,
hacia un valle ignorado, donde nadie la espera...

MI CAMPO SANTO

Campo santo de aldea,
que las cruces plantaste
del Dolor en el cerro
más humilde del valle;
cementerio tranquilo,
donde paso las tardes
cuando sufro la angustia
de mis tétricos males,
respirando en la calma
de tu calma inefable;
cementerio de aldea,
tan abierto a los aires...
a los aires hermosos
de los buenos pinares,
dame paz en tu seno
cuando al cabo descanse,

cuando rinda a la tierra
mis despojos mortales...

—

Yo quisiera dormirme,
para no despertarme,
defendido del mundo
por tus cuatro tapiales,
bajo un cielo piadoso
y a la sombra de un sauce,
y en un hoyo profundo
que mis hijos cavasen...

—

Que no en ti, como en ricas
y altaneras ciudades,
— en necrópolis vastas,
con los bronces y mármoles,
con el brillo del oro
y el reflejo del jaspe, —
pompas vanas publican
vanidosos pesares;
no la vida te cerca,
no los hombres te invaden;
no se ve tu reposo

profanado por nadie;
¡nada, en ti, del encanto
de la Muerte distrae!

—

Cuando al fin de mis penas
con mis penas me acabe,
dame paz en tu seno,
campo santo del valle;
cementerio de aldea,
con olor a pinares;
por humilde, tan bueno;
por pequeño, tan grande.
Que mi cuerpo, en tus brazos,
para siempre descanse...
bajo un cielo piadoso,
y a la sombra de un sauce,
y en un hoyo profundo
que sepulte y que abrace...
¡Que tu cruz, amorosa,
lo cobije y lo ampare!
¡Que lo guarden tus muros!...
¡¡Que mis hijos lo caven!!

LA SIERRA AL SOL

Bajo un sol que sus rayos más ardientes envía,
sobre un cielo que el brillo de sus luces inflama,
se recortan los montes del audaz Guadarrama,
se perfilan los picos del riscoso Fuenfría.

Se destacan, del fondo de un profundo sosiego,
con un alto, y robusto, y encendido relieve.
Como ayer se arroparon en sus capas de nieve,
hoy refulgen con recias armaduras de fuego.

Ciega el sol, y en los montes su reflejo deslumbra.
Las cigarras entonan sus monótonos cánticos
en el tibio refugio de la quieta penumbra.

Como en éxtasis yace, fascinada, la Tierra,
y ante el sol, que la excita con sus besos románticos,
se estremecen sus pechos...; ¡se estremece la sierra...!

POR EL CAMINO

Al ilustre maestro compositor
D. EMILIO SERRANO
en prenda de firme amistad y en
testimonio de sincera gratitud.

Por el camino pasa la vida
que va de paso, de centro en centro;
ya satisfecha, ya dolorida;
ya rozagante, ya desvalida.
Por el camino pasa la vida;
por el camino salgo a su encuentro.

Por el camino que va, ondulante,
pero en sus dudas siempre adelante,
sobre la sierra, de monte en monte;
hasta que al cabo desaparece,
se desdibuja, se desvanece
bajo la niebla del horizonte...

No lejos álzase la antigua Venta
del Santo Cristo,

que fué, en sus días
más venturosos, casi opulenta...;
Venta que ha visto
las desventuras, las alegrías
de muchas, varias, generaciones;
las de la gente *que pasa el rato*
después de largas expediciones,
o busca sueño y asilo grato
contra fatigas y desazones,
en el refugio y en el recato
de las posadas y los mesones.
Venta castiza; mudo testigo,
fiel compañera,
piadoso abrigo
de toda vida que persevera,
como un culpado sobre un castigo,
sobre un tormento: la carretera.
¡La carretera, sin otro encanto
que el de sus gentes; llena de grava;
con tanto bache, pedrusco y canto!
¡La carretera, que rinde tanto!
¡La carretera, que no se acaba!...
Venta que supo la grande historia
de grandes hechos, en siglos grandes
para su ilustre, su hispana tierra;
cuentos de gloria,
cuya memoria

vive y anima, dura y aterra;
cuentos de Italia, cuentos de Flandes,
del Amazonas y de los Andes,
cuentos de guerra...;
de vencedores
nunca vencidos;
de capitanes, siempre señores
en las batallas y en sus amores;
de esclarecidos
y prodigiosos conquistadores.
Venta que supo las mil hazañas,
los mil enredos, los mil desmanes,
las mil patrañas
de *Lazarillos* y de *Guzmanes,*
lepra... y encanto de las Españas.
Venta que un día
pintar supieron, con la maestría
de sus pinceles, en los Anales
de la española tunantería,
tan pintotescos y originales,
el gran Quevedo, mas otros tales,
de Musa fértil y apicarada;
grande posada;
mesón vetusto, que ya reposa
de tanta vida, de tanto azar,
a los alcances de la famosa,
clásica villa de El Espinar...

Paraba entonces ante la Venta,
siempre con bulla, siempre contenta,
casi opulenta...;
paraba entonces, en el camino
y ante la Venta, favorecida
por sus bondades, el torbellino
de aquella vida.
Ya el cuadrillero, ya el peregrino
con sus ensueños de amor divino;
ya el vagabundo
que divagaba por medio mundo;
ya el caminante,
pobre dos veces, por vergonzante,
que hacia la corte se dirigía;
ya el trajinante
que de la corte se devolvía
para su pueblo, pobre y distante;
ya el curandero,
de tantas drogas abastecido,
por todas partes el *bien-venido,*
por todas partes el forastero;
ya el grave coche
donde viajaban, horas tras horas,
día tras día, noche tras noche,
graves hidalgos, graves señoras;
cuándo, los reyes de la milicia;
cuándo, donçellas encantadoras,

bajo el cuidado de la codicia
de torvas dueñas, encubridoras;
cuándo, los amos de la justicia...;
ya el carro torpe, con varias gentes:
bien estudiantes, largos y pillos,
enredadores y maldicientes;
bien labradores, toscos, sencillos,
de cortos bienes, de cortos vuelos;
bien hidalgüelos,
poco abrigados por los bolsillos;
o bien mozuelas de las que andaban
moviendo el mundo con torpes bailes,
y que, a las veces, se tropezaban
dentro del carro con sendos frailes...;
ya, en fin, el carro más lastimero,
más quejumbroso del mundo entero,
que andaba siempre, de villa en villa,
de venta en venta, toda Castilla,
— como sus gentes, aventurero; —
con sus galanes y con sus damas
víctimas tristes de negra suerte
por viles *pasos* y en nobles dramas:
el de los cómicos; el de la *Muerte!*

Tan grandes días quedaron lejos.
Son de la historia,

Hoy sólo brillan vanos reflejos
de aquellos siglos, de aquella gloria.
La Venta, rica, fué declinando
de sus grandezas, y a menos vino;
feliz tan sólo, como el destino
de todo el Reino, de cuando en cuando...;
pero la vida siguió marchando
por el camino...

Hoy lo avasalla la vida andante
del nuevo siglo: sol en Levante;
vida de un tiempo que no concibe
la del pasado; que se desvive
por sus inventos, por sus reformas,
con nuevos fines, con nuevas formas,
con nuevos planes, con nuevos nombres,
con libre espíritu, de nada esclavo...
y que es la misma de siempre, al cabo,
porque la rigen los mismos hombres.

Por el camino, del paso lento
con que antes fuera, tan reposada,
ya se desprende... Va fascinada
por la locura del movimiento...

Tornan y pasan los caminantes,
tal como antaño; los pordioseros
incorregibles, nuevos tunantes,
hipocritones y plañideros;
los vendedores, con cuantas cosas
gasta la gente por esos mundos;
las mujerzuelas escandalosas;
los curanderos,
los errabundos
y lastimosos titiriteros;
y como entonces, años tras años,
en caminatas tras caminatas,
los trajinantes con sus reatas
y los pastores con sus rebaños...
Los carros siguen... — más les valiera
dar en el hoyo con sus vejeces; —
siguen, rayando la carretera...
Siguen los coches, y aun van, a veces,
con una alegre marcha ligera;
mas ¿qué suponen? En el espacio
de breve tiempo, quedó vencida
toda su fama. Para la vida
del nuevo siglo van muy despacio.
Para el impulso que el siglo lleva,
por su destino providencial,
pide el impulso de marcha nueva :
¡la marcha loca del vendaval!

Apresuradas, ¡arrebatadas!,
bien anunciadas
por sus bocinas de roncos sones,
o por sus broncas trepidaciones,
pasan las máquinas altisonantes,
ultramodernas, archielegantes;
las execradas con tanto encono
por las envidias de tanta gente;
las que acreditan y dan *el tono*
de la elegancia, tan lindamente;
las que atropellan a los viandantes
que lo merecen... por ignorantes
asombradizos o descuidados.
Pasan, a escape, las bicicletas,
las retumbantes motocicletas,
los automóviles encopetados.

Pasan y pasan, con largo estruendo,
entre la nube y el remolino
del blanco polvo; pasan, corriendo,
y a la aventura, por el camino,
se van ¡clamando!, se van huyendo...

Pasan a veces damas, gentiles
en sus octubres o en sus abriles,

que van tocadas con largos tules
de lindos tonos, blancos y azules;
entusiasmadas con el encanto
del coche nuevo, que corre tanto.
Nobles galanes las acompañan,
o las conducen, diestros, valientes.
En tales giras, ¿quiénes se extrañan,
ni quién se asusta
de las revueltas o las pendientes?
Más bien el susto, por serlo, gusta.
Y así van ellos, tan complacidos,
y así van ellas, con tal agrado,
sobre la máquina, que no reposa;
todos alegres, enloquecidos
por el impulso desenfrenado
de la carrera vertiginosa...

«Ved», nos parece que alguno dice,
como pensando que quien le mira
sin buenos ojos le contradice:
«Ved si es mentira.
Cuando pasamos, ved la carreta
que va subiendo... ¡Parece quieta!
Ved el contraste
que suscitamos... Con él os baste.
¡Ved cuál se asombran los vagabundos,
despojo rancio del mundo añejo!

¡Ved, sobre el polvo del mundo viejo,
pasar la fuerza que mueve mundos!»
Alguien responde — yo no, de fijo: —
«Quizás acierta, pues que nos dijo
con tal aplomo tan buenas cosas;
cuáles, exactas; cuáles, preciosas.
Cese mi enojo, cese mi risa...;
mas si ignoramos... ¡hasta ignoramos
adónde iremos!... ¿adónde vamos
con tanta prisa?»

De todas suertes, iguales sinos,
rumbos iguales,
siguen, a ciegas, cuantos mortales
van desfilando por los caminos:
los que marchaban a su manera,
siempre despacio,
y los que marchan a la carrera,
los que devoran tiempo y espacio.
Por leyes altas, siempre cumplidas
alcanzan todos la misma suerte:
por los caminos se van las vidas...
y por la Vida se va a la Muerte.
Vayan cual vayan con su destino,
van a su ocaso.
Estamos todos, en el camino
como en la vida, sólo de paso...

LA VIEJA LETRILLA

I

Volvieron de Julio
las rubias mañanas,
en tiempo de espigas
muy rubias, muy altas;
volvieron de Julio
las tardes románticas,
las tardes de fuego
y a fuego doradas;
volvieron sus noches,
a veces tan cálidas,
y a veces tan tibias,
tan dulces, que encantan.
Despierto gozoso,
gozando del alba;
me place de noche
gustar la velada;
las tardes ardientes

me asfixian, me aplanan;
mi vista se nubla,
las fuerzas me faltan,
y busco las sombras
discretas y gratas.
El sol es tan vivo,
tan fuerte, que abrasa;
la siesta me arrulla
y el sueño me llama.
Mi huerto es muy rico,
si es pobre mi casa,
y en él siempre encuentro
las sombras buscadas.
Las brindan a gusto,
con toldo de ramas,
los verdes frutales,
color de esmeralda,
que limpian los vientos
y el sol abrillanta.
La tierra me ofrece
mullida su cama
con hierbas del campo
que esencias regalan.
En ella me tiendo,
que es fuerte y es ancha;
sopor delicioso
mis fuerzas embarga

y a un tiempo se aduermen
el cuerpo y el alma,
oyendo a los aires
que soplan y cantan,
y oyendo a la henchida
cacera que baja,
cruzando mi huerto,
rozando mi casa,
al son de la vieja
letrilla simpática;
«al pasar del viento
y al correr del agua.»

II

¡Oh, vieja y amiga
letrilla simpática!
En estos mis cantos
no quiero que, ingrata,
desdeñe tus dulces
cadencias el alma.
Con ellas evoco
a púdica gracia,
las vueltas y giros
de lindas palabras

de aquellas canciones
que antaño dictara
la Musa bucólica,
tan buena y tan franca.
No aquella que un tiempo
sus aires tomara,
vestida de sedas,
prendida de gasas;
no aquélla, tan boba;
no aquélla, tan falsa...
La Musa inocente
nacida en las faldas
de sierras abruptas,
al beso del aura,
y en valles crecida
feliz y a sus anchas;
con gozos del aire,
con dichas del agua,
si el aire es del campo
y el agua resbala,
nacida entre peñas,
de limpia fontana.
¡Oh, Musa bucólica,
tan bella y tan plácida,
que luces el cuerpo
sin torpes jactancias;
del aire del monte

curtida la cara;
las trenzas del pelo
con flores atadas;
los ojos muy claros,
la boca muy sana,
y abierto el corpiño,
de tela muy blanca,
de modo que surja
la fresca garganta.
Pastora garrida;
garrida zagala;
bucólica Musa
tan bella y tan plácida:
permite que evoque
tu encanto y tus gracias
al son de la vieja
letrilla simpática:
«al pasar del viento
y al correr del agua.»

III

El son de los aires
que soplan y cantan,
y el son de la henchida

cacera que baja
cruzando mi huerto,
rozando mi casa,
parece que dicen,
con son de palabras,
aquellas tus dulces,
ingenuas tonadas.
Pacíficas églogas
que antaño pintaran
las ansias de amores,
las tímidas ansias
de apuestos zagales
y hermosas zagalas;
con luz de los cielos
y atmósferas claras;
con fondo de alegres
praderas lozanas;
por ellas pasando,
triscando, las cabras,
y en ellas paciendo
rebaños de vacas.
¡Canciones del campo
que el aire embalsaman,
si dan sus aromas
de intensa fragancia,
cual flores silvestres
de fértil montaña,

con voces gozosas
me alegran el alma!
¡Canciones amigas
me arrullan y halagan,
con sones lejanos
de esquilas, mezcladas;
mezcladas con sones
de coplas lejanas!
Se van serenando
mis penas amargas;
mis ojos se cierran
negando miradas;
sopor delicioso
mis fuerzas embarga;
me arrulla la siesta
y el sueño me llama,
y a un tiempo se aduermen
el cuerpo y el alma,
al son de los aires
que soplan y cantan
y al son de la henchida
cacera que baja...;
al son de la vieja
letrilla simpática:
«¡al pasar del viento
y al correr del agua!»

LA LEONOR

I

La Leonor es una flor
muy preciosa, muy lozana;
flor que ha nacido al amor
de la sierra, flor serrana,

donde los montes quebrados
recortan los horizontes;
flor silvestre de los prados
recostados—en los montes.

Cual la mies que el sol dorara
y acicalara la lluvia,
es muy rubia, rubia clara...
¡No he visto rubia más rubia!

Tiene la color de rosa,
como una rosa de abril;
la cara, de frente, hermosa;
lindísima de perfil;

ojos de color de cielo,
con transparencias de tules...
—¡qué bien casa, rubio el pelo,
con unos ojos azules!; —

dulces ojos de mujer,
soñadores y rasgados:
abiertos para el querer,
para el ensueño entornados;

nariz muy fina; – un lunar
sobre los labios asoma; —
boca de alegre besar,
cuello de blanca paloma;

busto de estatua gentil,
de junco el flexible talle...
¡No ha nacido flor de Abril
tan galana en este valle!

Mas con ser Leonor tan bella,
con ser tal su perfección,

más que la figura, en ella
enamora la expresión;

la gracia del movimiento,
al andar; en el reposo,
la cadencia y el aliento
de su pecho generoso...;

su hablar, de inocente moza;
la luz de sus ojos, clara;
la alegría, que retoza
como una luz por su cara,

—su cara fresca y jovial,
que está vendiendo salud,—
y su risa de cristal...
¡pregón de su juventud!

II

Es muy triste presumir
que bien pudiera un amor
desventurado venir
a marchitar esta flor.

No han abrigo sus primores
donde seguros se escondan.
Son aires engañadores
los que la llaman y rondan;

no los que, puros, exhalan
los benéficos pinares:
mozos, que ya la regalan
por la noche sus cantares.

Son muchos los rondadores
que, según costumbre añeja,
prenden manojos de flores
en los hierros de su reja.

La luna que en luz de gloria
baña esta noche los cielos,
sabe, desde ayer, la historia
de un amor y de unos celos;

amor que en llamas voraces
se consume, y quiere guerra;
celos airados, ¡capaces
de dar un susto a la sierra!

Ya en pàz no suenan las notas
de amor...; ya hay riñas bizarras...;

¡ya han amanecido, rotas,
en la calle, dos guitarras...!

Y en vano sus amadores
acuden a la calleja :
¡ni aun mira Leonor las flores
en los hierros de su reja!

En vano llevan, en vano,
tantas rosas en manojos...
No las retira su mano,
ni las requieren sus ojos.

Ya ha comenzado Leonor
a padecer, y a saber
del querer y su dolor...
sin empezar a querer.

No llores, Leonor, hermosa,
flor divina, humana estrella;
¿qué culpa tiene la rosa
de haber nacido tan bella?

Deja que los rondadores
tornen buscando fortuna;
que canten coplas de amores...
¡a tu reja, y a la luna!

Deja que acaben a veces
en riñas las serenatas;
que a tus dignas esquiveces
correspondan con bravatas.

Pues que ninguno te place;
pues que naciste, Leonor,
mujer tan hermosa, y nace
la mujer para el amor,

en calma reposa, y fía
de un porvenir halagüeño;
¡vendrá de tu amor el día!,
¡vendrá el galán de tu ensueño!

No llegará a tu calleja
para entonar su canción;
no se llegará a tu reja...
¡llegará a tu corazón!

LUNA LLENA

Venid en mi busca,
venid, esperanzas,
que animen el cuerpo
y alegren el alma.
La noche, propicia,
me halaga;
sus brisas me aduermen;
sus luces me encantan.
La noche es de luna,
tan llena, tan clara,
que tierras y cielos
parecen de plata.
Rigores de Agosto
moderan las auras
que llegan del monte
batiendo sus alas
con leve murmullo

de música vana...
Refrescan el cuerpo;
serenan
y alivian el alma.

—

Paisajes extensos
mis ojos abarcan.
Profusos pinares
me envuelven,
me cercan, me guardan.
Ya lejos, concluyen
las grandes montañas;
más lejos, las tierras
se tornan más llanas;
más lejos,
los campos se ensanchan,
y allá... — lo suponen
mis cortas miradas —
despliega Riofrío
sus montes de caza;
la vieja Segovia
levanta
su gran *Acueducto*
de estirpe romana,
sus viejos palacios,

sus grupos castizos
de casas,
sus trozos
de antiguas murallas,
sus templos...
su Alcázar...
¡Qué bien, cuán a gusto,
se aduermen cansadas,
en noches de luna,
las pobres
ciudades ancianas;
las viejas
ciudades románticas!
En estos instantes,
Segovia, de fijo,
descansa...

—

¡Qué límpidos aires!
¡Qué brisa tan blanda!
¡Qué luna tan llena,
tan dulce,
tan viva, tan mágica!
¡Qué cielo, con tonos
del iris del nácar!

¡Qué montes, qué valles!
¡De nieve! ¡De plata!

—

La noche suscita
visiones extrañas:
de amores logrados
en rudas batallas;
de locas fortunas,
esquivas,
y al cabo logradas.
¡Venid a mi encuentro!
¡Venid, esperanzas!
. . . .

Mujer que, a mi lado,
compartes mis ansias:
soñemos; soñemos,
amantes y en calma;
soñemos, sumidos
en vagas
dulzuras
nostálgicas;
en tanto que rozan
y besan
tus labios las auras;

en tanto la luna
sus luces irradia,
cubriendo
con manto de luces
tu cuerpo de estatua,
y en tanto
pareces de plata...

—

Gentil *Margarita,*
bellísima *Laura,*
dulcísima *Ofelia,*
Desdémona pálida,
pareces,
mi amada.
Soñemos.
Del mundo te aparta.
Bien pronto se ciernan
muy altas;
¡muy lejos
se vayan
del mundo
las almas!
Ensueños felices
nos presten sus alas,

Soñemos, por artes
de magia.

—

Contempla qué hechizo
de luz nos ampara.
No es luz de la luna
tan sólo, fantástica;
la Gloria la envía,
y espléndida baja;
recorre el espacio,
la luna traspasa;
la luna, redonda,
tan blanca;
su disco es el vano
de abierta,
redonda ventana;
y al fin en fulgores
de Gloria nos baña,
llenando de besos
mi frente,
tus ojos, tu cara...

—

Vivamos un punto.
Las penas

adustas y amargas
vendrán a rendirnos
de nuevo mañana.
Mas, ora, que en rayos
de luna
sus velos de tules
fabrican las hadas,
con trémulos hilos
de nítida plata,
con husos de nieve,
con manos de nácar;
¡en estos instantes
de vida fantástica!,
¡soñemos, soñemos,
mi amada!
¡La Noche lo quiere!
¡La Noche!
¡La Luna lo manda!

CANTOS DEL PINAR

El pinar hermosísimo es una jaula abierta.
Con el alba gozosa, el pinar se despierta.

De los pinos descuélganse los pájaros diversos,
como si un gran poëma desgranara sus versos.

Las águilas revuelan altísimas. Abajo
va rayando los aires con sus alas el grajo.

Van cantando los cucos, y engañando, ladinos.
Dijérase que suenan relojes en los pinos.

Vuelan por todas partes, con caprichosos vuelos,
libres como las auras bajo los anchos cielos,

los mirlos enlutados y los cuclillos grises,
pica-pinos muy rojos y menudos malvises,

ágiles anda-ríos, rápidos verderones,
tordos, agachadizas, alondras, gorriones...;

los pardillos humildes, las urracas voraces,
abubillas crestonas y rondajos torcaces...;

ya sueltos, ya en bandadas; ya bajo el bosque, a veces
huyendo de los árboles, con largas esquiveces.

Aquí y allá se escuchan sonidos de aleteos,
escalas peregrinas de trinos y gorjeos;

revueltos en el aire, del aire confundidos,
con silbos estridentes y enérgicos chillidos.

Los recoge la brisa, y al azar los reparte,
con su gracia de ingenua: la del arte sin arte.

En tanto el sol deslumbra, y en tanto reina el día,
canta el pinar, con himnos de ruidosa alegría.

Declina, al fin, la Tarde, sobre un cielo de grana;
sigue por el camino que trazó la Mañana;

apunta vagamente, con destello divino,
el blanco y tembloroso lucero vespertino;

las aves charlatanas, los pájaros cantores,
sus nidos requiriendo, recuerdan sus amores,

y a poco se refugian y quédanse dormidos...
entre las rubias pajas, en sus calientes nidos.

Cunde la sombra, y cunde. Viene la noche y cierra
sus fantásticos velos sobre el haz de la tierra,

y en el misterio augusto de tan solemnes horas,
hasta que al cielo vuelven las rosadas auroras,

sólo velan insomnes, sólo entonan su cántico
el vate quejumbroso y el trovador romántico;

el cárabo doliente, que gime sus querellas,
y el ruiseñor, que canta su amor a las estrellas;

el vate quejumbroso, que implora sin fortuna,
y el trovador, que llora desdenes de la Luna.

MALDICIÓN SERRANA

Galán que del pueblo vienes,
tú que engañaste a la Olalla,
la mozuela que murióse
del rigor de su desgracia:
Dios haga que cuando vuelvas
al pueblo, sobre tu jaca,
presumiendo de bonito,
pensando en nuevas «hombradas»,
por el pinar te aventures
sin advertir que te enzarzas;
que la jaca se te espante,
sin que las riendas te valgan;
que las fuerzas te abandonen,
que se anublen tus miradas...
¡y que una rama *gachera*
te desbarate la cara!

LA MÚSICA DE LOS TÍTERES

I

Hoy han venido titiriteros,
titiriteros en sus carretas.
Música traen : cuatro tambores
y dos trompetas.

Por la mañana, ya se anunciaron
con sus sonidos desgarradores :
con los sonidos de sus trompetas
y sus tambores.

Ya por la tarde, se estacionaron
en la plazuela; con alborozo
de los chiquillos, con algazara
del pueblo mozo.

Y allí plantaron su *circo,* en breve
con unos cuantos pobres trebejos;
con las estacas de cuatro palos,
flojos y viejos.

II

Suenan los parches de los tambores
en una especie de sinfonía.
Suena y resuena la desgarrada
trompetería.

La tarde avanza. Brillan los cielos
con el encanto de su pureza.
La suspirada, la pregonada
función empieza.

Ya con sus trajes, medio en jirones,
de los tropiezos y las caídas;
ya con sus mallas, sus viejas mallas,
descoloridas,

salen los flacos titiriteros
ante la gente que al *circo* asiste.
Son dos gimnastas, sus dos mujeres
y un niño triste.

Para que suene toda la *orquesta,*
mozos del pueblo prestan su ayuda.
Un *trompetero,* con trasudores
de muerte suda.

Otro serrano, que toca el parche,
mueve las manos con los palillos
tan mal... ¡que siempre se da los golpes
en los nudillos!

Pero ¿qué importan ni baquetazos
en los nudillos ni trasudores?
¡Poco descansan ni las trompetas
ni los tambores!

Los ejercicios son peligrosos.
Para la sierra, son maravillas:
sendos trabajos en el trapecio
y en las anillas;

saltos mortales, para la gente
que busca en todo las emociones;
saltos mortales y dolorosas
dislocaciones...;

dislocaciones de un hombre mozo,
dislocaciones del niño triste,
que con sus mallas, medio cosidas,
medio se viste.

Sale la Venus de los gimnastas.
¡¡Pronto se escurre la buena moza!!

Como en los circos de las ciudades,
la gente goza.

Del escurrirse vínose a tierra.
Ya se incorpora. Mira y sonríe,
fingiendo calma. ¡Cayó de bruces!
La gente ríe.

Cierra la noche. Cunde la sombra;
pero el bullicio sigue en aumento,
entre las llamas de cuatro teas
que agita el viento.

Calla un instante la *orquesta* ronca.
¡Ya sus clamores nadie resiste!
Con su bandeja, va por los grupos
el niño triste...

Manos contadas buscan su mano;
pero la gente que se alboroza
con las desgracias, ve su martirio,
y al verlo, goza.

¡¡Clama la *orquesta* con broncas voces
de sorda rabia, que dan espanto!!
En las pupilas del niño triste,
y en las pupilas de las mujeres,
asoma el llanto...

III

Ya los gimnastas llenan aprisa
sus carromatos con sus trebejos;
pronto desclavan los cuatro palos
flojos y viejos.

Ya se retiran, mientras la luna
con luz medrosa los montes baña...
Desaparecen..., por el camino
de la montaña...

... Los vagabundos titiriteros,
víctimas siempre de los rigores
de su desdicha, con sus trompetas,
¡con sus tambores!

Allá se marchan, los desairados
perseguidores de la fortuna,
a los destellos de un mortecino
cuarto de luna...

... Y allá se fueron; con sus inquietas
incertidumbres, y sus dolores;
acurrucados en sus carretas,
con sus trebejos ¡y sus tambores!...
¡¡y sus trompetas!!...

EL TREN QUE PASA

Va cayendo la tarde,
tranquila y despejada.

Estoy en pleno campo.
Mi perro me acompaña.

Voy a cruzar la vía,
para seguir mi marcha.

Me detiene el aviso
de un silbato, a distancia.

Un tren, que se me acerca,
avanza, ¡avanza!, ¡¡avanza!!...

Llega, tendida al aire
su cabellera blanca...

Pasa el lujoso *expreso*...
Un rebaño se espanta...

Es que el campo se asusta
de la ciudad, que pasa...

MIS CANCIONES

Dolorido, combatido;
conmovido
sin cesar por las pasiones;
mal herido
por engaños y traiciones,
mi corazón ha seguido
siendo un nido — de canciones.

De tanta y tanta canción,
fueron muchas al olvido;
por volar con presunción;
por haber desconocido
su mísera condición;
por dejarme desvalido...

Las mejores no han querido
salir de mi corazón.
¡No quieren dejar su nido!

MEDITACIÓN

En la paz de mi huerto, venturoso descanso,
como el agua del río que se acoge al remanso;

en la paz de mi huerto, y en la noche estrellada,
de ligeros murmullos, lisonjeros, poblada;

con un aire muy tibio, de un aroma muy vago,
que las frentes orëa con ternura de halago.

¡Cómo endulzas la vida, sensación deliciosa,
complacencia del cuerpo, en que el alma reposa,

con la noche serena, por la paz del ambiente,
como en hondo remanso la cansada corriente!

Los contornos, apenas, la mirada vislumbra
de los anchos frutales, en la densa penumbra,

Vibra apenas la tenue vibración del sonido,
por el airc eallado y en el huerto dormido,

mientras vaga mi inquieta, soñadora mirada,
por el ámbito inmenso de la noche estrellada.

¡Oh, del huerto dormido la inefable delicia!
Oh, la paz de los cielos! ¡Oh, la leve caricia

de las ondas del aire que en la sombra se encalma!
¡Oh, supremo reposo! ¡Complacencia del alma!

De la tierra me esquivo; con un vuelo muy blando,
al través de los mundos pasa el alma volando.

Voy de soles en soles, con la absorta mirada,
por el ámbito inmenso de la noche estrellada.

Desde el suelo y el aire de la tierra dormida,
me remonto a los cielos, donde late la Vida,

bajo el soplo divino que los orbes gobierna,
multiforme y grandiosa, misteriosa y eterna;

ya en trastornos de muerte, ya de amor palpitante;
en desgaste perpetuo y en creación incesante..,

Poco importa del mundo que la Muerte se lleva;
no descansa la Vida; la Creación se renueva.

Entre sombras, un mundo que brilló se deshace,
a la luz temblorosa de otro mundo que nace.

No los hombres se duelan — ¿dónde el ánimo fuerte? —
de que acaben sus días, de que triunfe la Muerte.

Es la Muerte, tan sólo, una fase, una forma,
de la Vida perenne que sus fases transforma;

que lo mismo se vale de la escoria menguada
para dar sus alientos a la flor perfumada,

que de célicos ámbitos, como inmensos crisoles,
en que mueran deshechos y renazcan los soles.

Es el hombre, a lo sumo, una sílaba..., un verso...,
en el magno poema del grandioso Universo,

sin cesar renovado, bajo soles que abrasan,
con las vidas que mueren..., con los versos que pasan...

Es bien grato el destino, bajo el cielo clemente,
de las aguas que lleva la revuelta corriente;

mas también es muy dulce que las ondas se amansen,
y en un hondo refugio para siempre descansen.

Tras los vivos dolores, de terrible violencia,
tras los tercos afanes de la humana existencia,

es bien grato el destino que concede piadoso,
en remanso de sombras un eterno reposo.

Entretanto, no cambia de los orbes la suerte.
Porque un hombre se extinga, no ha triunfado la Muerte.

Sin cesar renovada, por la fuerza impelida
del Amor, que no muere, sigue y sigue la Vida,

con su ritmo constante, si en sus formas diverso...
¡Muere el hombre, y el mundo, pero no el Universo!

Lo imperfecto perece, lo mudable termina;
no la esencia inmutable de la causa divina,

que repite, sin tregua, sus prodigios fecundos
en las trémulas almas y en los trémulos mundos.

Con tan nobles ideas quede el alma adormida,
en la paz de este huerto que al reposo convida;

que a la Muerte y la Vida va rindiendo tributos,
deshojando sus flores, madurando sus frutos;

en la paz misteriosa de la tierra callada,
en la calma infinita de la noche estrellada;

sin zozobras ni angustias, en un quieto descanso;
reposadas las penas... en un hondo remanso...

NOCTURNO

La luna risueña brilla
sin sombra de nube alguna.
Cercedilla
duerme a la luz de la luna.

Resplandecen, plateados,
los tejados
de los *hoteles* dormidos;
brillan las trémulas frondas
de sus jardines, sumidos
en la calma de los sueños;
brillan las trémulas ondas
de los estanques risueños.

Todo es calma, por la sierra
y en mi angustia... Todo es calma
en el cielo, y en la tierra,
y en el alma...

¡Qué reposo
tan solemne, tan profundo!
¡Qué silencio tan hermoso!
Brilla el cielo... Duerme el mundo...

Gente del campo, sencilla,
toca, lejos, una grata
serenata.

Cercedilla
no del cielo se recata.
Brilla, y brilla,
bajo una lluvia de plata
que alegra, que maravilla,
que da ensueños de fortuna...

Cercedilla
duerme a la luz de la luna...

ROMANCE DEL TIEMPO VIEJO

«Mayoral, refrena el tiro
que a escape corriendo va.
Tiempo tienes que te sobra.
Tiempo tienes de llegar.
Los caballos delanteros
no azuces tanto, zagal;
que ya vuelan más que corren
con tan suelto galopar.
En vuestra «góndola» parte
— ¡sabe Dios si volverá! —
la mujer en quien cifraba
toda mi felicidad.
Ya que sois ejecutores
de mi destino fatal,
¡no apresuréis el tormento!
¡mi voz os mueva a piedad!
¡Matadme sin tanta priesa,
pues me tenéis que matar!

»¡Inútiles son mis ruegos!
¡Nadie los escucha ya!
¡No es posible! Los caballos
cada vez galopan más,
como si los azuzara
la fuerza de un vendaval.

. . . .

»Anochece en las montañas,
anochece en el pinar,
por donde mi amor se aleja,
¡para no volver quizás!
Ha anochecido en mi alma,
y entra la noche glacial;
noche sin aurora, noche
de tremenda obscuridad.
Lágrimas vierto, copiosas,
sin vergüenza de llorar;
que es mucho lo que en mí muere,
lo que en mí matando están,
este dolor que me queda
y esa mujer que se va.

»¡Inútiles son mis ruegos!
¡Nadie los ha de escuchar!
¡Perdí su amor! ¡Para siempre
perdí mi felicidad!

¡Última ilusión hermosa,
y último ensueño fugaz,
sois flores! ¡Vientos de olvido
muy pronto os marchitarán!

»Último amor de mi vida
malograda, ¡duerme en paz!»

—

En un desván *de una casa*
refugiada en el pinar,
que tiene de trastos viejos
abastecido el desván,
y olvidado entre las páginas
de un libro de Jorge Sand,
—de una edición primitiva
primorosa y especial,—
trazado en un plieguecillo
de papel, a mal trazar,
anoche encontré el romance
que dejo copiado ya.
La noche paséme en vilo,
con un fatigoso afán,
pensando en la vieja historia,
y en el martirio de amar,
y en el dolor que se queda,
y en la mujer que se va...

Llegó al cabo la mañana
mi inquietud a serenar,
y vi satisfecha al cabo
mi inquieta curiosidad.
Pronto me acudió la suerte,
propicio me fué el azar.
Cierto guarda de la finca,
sabio por su mucha edad,
dióme pronto de la historia
razón curiosa y cabal.
Cuanto el romance refiere,
cuanto dice, fué verdad.
Ya no existen, años hace,
ni la dama ni el galán.
Tampoco viven, ha tiempo,
ni el mayoral ni el zagal;
la «góndola» se deshizo
de tanto y tanto rodar.

Quedan sólo, de la historia
recogida en el desván,
el ambiente y el paisaje,
las montañas, el pinar...
y el tiempo, que es, en el fondo,
siempre el mismo, siempre igual.
Aun así, la triste historia
conserva su actualidad.

Para el dolor que se queda,
para el amor que se va,
para los grandes martirios
del sufrir y del amar,
es lo mismo el tiempo nuevo
que el tiempo de Jorge Sand.

FUEGO EN LOS PINOS

La noche ha comenzado con fuego en los pinares
de un monte muy frondoso. Densísima humareda
se escapa por la herida de la roja arboleda.
¡La van acribillando las chispas, a millares!

Crujen los pinos; crujen las resecas retamas.
El fuego está en la cima, junto al cielo encendido.
El monte es un gigante de piedra, que ha querido
ponerse una corona magnífica de llamas.

¡Como un Rey aparece; Rey fantástico, loco!
Ya atajan el incendio...
Ya mengua, poco a poco,
lamiendo los peñascos de un hosco precipicio...

... Al cabo, en el reposo de la noche, muy clara,
sin luz y bajo el cielo, el monte es como un ara
que ofrenda el humo vano de un vano sacrificio.

UNA RÁFAGA...

De pronto una ráfaga de un aire muy frío,
cortando la sombra, llegóse hasta mí.
La noche era buena, tranquila y templada.
Yo estaba contento: ¡soñaba feliz!

De pronto, la ráfaga del aire, tan brusca,
trocó mis ideas, llegando hasta mí.
La trajo en sus alas un aire de invierno.
¡La angustia me vuelve! Ya sufro, infeliz...

Yo temo al invierno, tan crudo y tan fúnebre.
Quisiera que nunca llegara a venir.
Yo sé que el invierno me acecha..., y me espanta
que venga el invierno... ¡¡que venga por mí!!

MISTERIOS

Anoche, por cuatro veces,
sonaron aldabonazos
misteriosos, en las puertas
de mi casa y de mi cuarto.

Anoche, por cuatro veces,
salimos con las llamadas
misteriosas, a las puertas
de mi cuarto y de mi casa.

Era la nocne de luna,
con un aire sosegado;
nadie, nadie...; ¡ni una sombra
discurría por el campo...!

Pero los golpes, de nuevo
sobre las puertas sonaban...

¿Quiénes así me llamaron?
Debieron de ser las ánimas.

Las ánimas de los muertos
de mi pobre Campo santo;
cementerio de la aldea,
donde, por las tardes, vago.

Una copla que está noche
cierta moza me cantara,
dice así... (La cantadora
suspira mientras la canta.)

La Muerte como la Vida
tiene sus enamorados,
y no quiere que se aparten
ni un momento de su lado.

Como la Muerte me ha visto
temblar de amor a sus plantas,
quizás ayer, en su nombre,
vinieron por mí las ánimas.

La noche está misteriosa...;
misterioso duerme el campo...;
misterios en torno miro...;
misterios... misterios canto...;

mientras, quizás, dando vueltas
alrededor de mi casa,
para llamarme, de nuevo,
me están rondando las ánimas.

EL «GABARRERO»

Pinar arriba,
de roca en roca,
va *el gabarrero.*

—

Con mudo espanto
le ven, que llega,
los pinos viejos.

—

Ellos conocen
sus rudas artes
en todo tiempo.

—

Bajo sus golpes,
troncos y troncos
vienen al suelo.

—

Sin que les valgan
sus años muchos,
sus troncos recios.

—

Que son terribles
los rudos golpes
del *gabarrero;*

—

terribles filos
los de sus hachas...,
¡que meten miedo!

—

Pinar arriba
sigue el verdugo
con pasos lentos.

—

El gran verdugo
del largo bosque,
del bosque denso.

—

Pendiente lleva
la cruz del hacha
del puño recio.

—

Y en tanto buscan
sus vivos ojos,
sus ojos negros,

—

el buen paraje
que en breves horas
será siniestro,

—

con mudo espanto
le ven, tan hosco,
los pinos viejos.

—

Ellos tan tristes,
tan combatidos,
tan lastimeros,

—

por lo que saben,
por lo que sufren,
por lo que vieron.

Las nieblas ponen
tocas de tules,
que riza el viento,

—

sobre los picos
de las montañas,
tan gigantescos.

—

Desde la cumbre,
señora y reina
del alto puerto,

—

llega, con soplos
intermitentes,
el duro cierzo;

—

¡con el que clama
la pavorosa
voz del Invierno!

—

Y a sus clamores,
y en tanto miran
al *gabarrero,*

—

tiemblan de frío,
con mudo espanto,
los pinos viejos.

—

Al fin detiene
su grave marcha,
sus pasos lentos,

—

el gran verdugo
del largo bosque,
del bosque denso.

—

Y el hacha empuña
de recios filos,
con puño recio.

—

Lanza un aullido
largo y medroso
la voz del viento.

—

Suenan los golpes
de tres hachazos,
fuertes y secos.

—

Otros le siguen,
con graves sones,
por largo tiempo.

—

Y al fin, el tronco
tan mal herido,
se rinde muerto,

—

y a tierra viene,
y en tierra salta
con gran estruendo.

—

Mientras, temblando
con grave frío,
con grave miedo,

—

los pinos miran
hacia los ojos
del hombre terco.

—

¡Todos los pinos
del largo bosque,
del bosque denso,

—

víctimas otras,
en nuevos días,
de horrores nuevos,

—

del firme brazo,
del hacha firme
del *gabarrero!*

CUANDO BAJAN LOS LOBOS...

I

Al llegar de las nieblas
cuando empieza el otoño,
ya principian los montes
a ponerse muy hoscos;
los de cumbres altivas,
la región de los lobos.
Sopla el viento del Norte
con fuertísimos soplos,
con lamentos muy largos,
con quejidos muy roncos.
Las neblinas se enredan
a los picos rocosos,
como tocas de tules,
o cual densos embozos.
Pronto llega el invierno,
destemplado y nevoso,

por sus aires tan crudo,
por sus cielos tan torvo.
Las montañas se arropan
en las nieves muy pronto,
con un manto espesísimo
de espesísimos copos.
Las heladas terribles
lo endurecen a poco,
y en las trágicas cimas
y en sus amplios contornos,
todo es triste, muy triste:
de las nieves los tonos,
de los árboles rígidos
los fantásticos troncos,
los silbidos del aire
que parecen sollozos,
y en los cielos, las nubes,
que parecen de plomo...

Ya en las áridas cumbres,
de las águilas tronos,
que se elevan tan firmes,
de los montes en hombros,
ni los lobos encuentran
alimento y socorro.
Sobre el hielo se escurren
desmayados y flojos;

con el hambre, tan flacos;
con el cierzo, tan foscos;
y es en vano que escarben
en el suelo, rabiosos;
sólo nieves y nieves
les descubren los hoyos.
Vagan sueltos, aullando,
por los picos rocosos;
y es entonces, ¡entonces!,
cuando miran con odio;
es entonces, ¡entonces!,
cuando vuelven sus ojos
a los valles, tan ricos,
a los llanos, tan próvidos;
¡y es entonces, entonces,
cuando bajan los lobos!

II

Cuán adversa, la vida;
con sus tercos dolores,
con sus trágicas luchas,
con sus locas pasiones.
Sólo el ánimo puede
resistir sus rigores

con un temple de acero
y una fibra de roble.
Si les brinda el destino
sus risueños favores;
si el espíritu logra
no rendirse a los golpes
de la vida y la suerte,
reiterados y dobles;
si el amor de sus prójimos
o el de Dios les socorre...
se resignan, y aun viven
satisfechos los hombres.
Mas si crecen, airadas,
sus revueltas pasiones;
si se van arraigando
sus profundos rencores,
sin amor que las calme,
sin piedad que los borre;
si se niegan, esquivos,
a sus ansias los goces,
repartiendo a sus ojos
complacencias y dones;
si en los duelos terribles
de sus lúgubres noches,
cuando el mal los quebranta,
cuando el hambre los come,
los desvelan y asombran

los ajenos derroches;
si la negra injusticia
sus instintos corrompe,
con un lento martirio
que devora y que roe;
si en el aire se pierden
cuando claman sus voces,
y tan sólo a su angustia
más angustias responden...
ya sus odios no encuentran
domador que los dome.
Trastornados, febriles,
acosados, insomnes,
las miradas revuelven,
las miradas feroces...
Ya no son los corderos,
tan humildes los pobres,
resignados, sumisos
al dolor que les postre.
¡Los corderos se truecan
en rabiosos leones!
En las almas despiértanse
los instintos innobles
de la fiera...
Los lobos
se despiertan entonces.

III

... Los airados, los tristes,
los famélicos lobos;
los que vagan, aullando,
por los picos rocosos...
mientras gimen los aires,
destemplados y broncos,
y desprenden las nubes,
a vellones, sus copos.
Azuzados del hambre,
sin cesar, sus enconos,
esos hombres... apenas
ya son hombres: son lobos.
Las miradas convierten
hacia el mundo gozoso;
sus miradas que aterran,
sus miradas de loco,
si, al pasar, las deslumbra
con sus brillos el oro...
En la misma violencia
de sus fieros enojos,
—sin labor que los quite
de sus tétricos ocios,
por el mundo dejados

en cobarde abandono,—
van cobrando más fuerza
sus instintos furiosos.
Perturbadas sus mentes,
con tremendos trastornos,
el afán por la dicha
no les deja reposo;
un afán que perdura
contra penas y oprobios;
el afán del sediento
que no llega al arroyo.
No; no buscan la Dicha,
no la ven, en sí propios,
y la miran, la encuentran,
en los goces del prójimo.
Muchas veces rebosan,
y se extienden los odios,
con fatales contagios,
de unos hombres en otros;
como llamas crecientes
de un incendio espantoso,
que los montes abrasa
con sus cálidos soplos,
y reduce los pueblos
a montones de escombros
Ya los lobos no vienen
hacia el llano tan solos.

¡Son legiones!... ¡Espantan
sus aullidos rabiosos!
Ya de nada se asustan,
ya atropellan por todo...
¡y, ay, del mundo que goza,
y, ay, del llano gozoso,
cuando rugen los hombres!...,
¡¡cuando bajan los lobos!!

SILENCIO

Este grave silencio, cuando el monte se tuesta
bajo el sol, en las horas de la cálida siesta;

en las tardes ardientes del verano sediento,
que las aguas agotan y que encalman el viento;

cuando el aire pesado, sin querer, se desgarra
con el canto monótono de la terca cigarra,

no es el grato silencio, de sutil ligereza,
que seduce con tanta sensación de pureza;

no el amable silencio, que regala el oído
destacando la clara vibración del sonido;

no el que llega piadoso, con amor, halagüeño,
y nos rinde sin penas en los brazos del sueño;

no el silencio, que ríe, de la púdica moza,
disfrazando la dicha que en su pecho retoza...

Es el grave silencio con que un alma serena
se resigna a su angustia, se recoge en su pena;

el adusto silencio de un hidalgo español;
un silencio que agobia, bajo el peso del sol.

MI MADRE

I

¡Cuán dulce sonríe la fresca mañana!
¡Qué sol tan amigo!... ¡Qué brisa tan pura,
los árboles mueve, fragante, serena...!
¡Qué trémula mana
la limpia corriente de limpia fontana!
¡Qué grata ventura
los cielos difunden!... ¡Cuál duerme la pena!
¡Cuán rica, la grande hermosura
de cielos y montes!... ¡Qué vida tan buena!

—

Dejando a las gentes, sus risas huyendo,
ya voy requiriendo
mi hermoso refugio, del monte en la falda,
tornando a los hombres y al mundo la espalda.

Mi hermoso refugio mejor me parece,
más grato que nunca. Palpita y se mece,
besada del viento, la clara arboleda...
El césped y el musgo parecen de seda...
La luz de los cielos, pasando entre ramas,
dibuja en la tierra, que el césped alfombra,
los mil arabescos que tejen las llamas
del sol cariñoso, temblando en la sombra.
Los álamos blancos..., los álamos suenan
sus hojas de plata con aire de orgullo,
y el aire suavísimo llenan
de un vano murmullo.
Los pinos me encantan,
aquí, donde siempre me arrullan, a solas,
sus varios rumores, que cantan
así como cantan y arrullan las olas.
Solemnes, tranquilos,
me acogen los tilos...
Revuelan y pasan los pájaros leves;
halagan, pasando, los céfiros breves...
De pronto, de un grupo de rosas hermosas,
se lanzan al aire y al sol mariposas,
nacidas del iris que esmalta los cielos,
con tales matices y vuelos
que dudan mis ojos si estallan las rosas.
Delante, la abrupta ladera se tiende,
dormida en el seno del monte.

Muy lejos, allá donde enciende
su niebla dorada, con amplios reflejos,
el vago horizonte,
se extiende, se extiende...
tostada del sol, la llanura
que en campos y campos sus luces refleja
con vívidos lampos de intensos cambiantes...
Muy lejos, muy lejos, apunta, indecisa,
la pálida *ceja*
de montes gigantes...
Detrás, me acompaña
con sartas de sones el agua corriente,
que salta y salpica, que besa y que baña;
que va, dócilmente,
siguiendo el contorno que da la vertiente,
llenando de risas la alegre montaña.
¡Cuán dulce, la hermosa mañana serena!
¡Cuál duerme la pena!
¡Qué cielo tan puro!
¡Qué vida, la vida que gozo, tan buena,
soñando al abrigo del monte seguro!
¡Cuán grato el refugio que lleva mi nombre;
tan cerca del cielo, tan lejos del hombre!

II

¡Mi nombre! ¿Quién dice mi nombre, y me llama
de pronto en los aires, con voz de cariño;
con voz de reclamo, que llama y reclama;
con voz que despierta mis sueños de niño?
¿Qué dice, con frases de tiernos amores,
la voz misteriosa, tan dulce, tan fina,
que fuera la voz peregrina
de pura gardenia, si hablaran las flores?
¿Quién sabe, de modo tan cierto,
las penas que sufro y el llanto que vierto,
las penas que matan y el llanto que ofusca?
Si nadie en el mundo responde a mi queja,
si todo en el mundo me acusa y me deja,
¿quién viene a mi encuentro, me llama y me busca?
¿Quién sabe que en este refugio respiro
con raro contento,
soñando venturas que en rápido giro
se van con el viento,
—venturas de un leve momento,—
quizás porque a solas me miro,
quizás porque a solas me siento?
¿Deliro?... ¿Deliro,
tal vez en mi encanto?
¡La voz es la suya, Dios Santo!;

¡la voz es la suya, piadosas montañas!;
¡¡la voz de la madre que un día
jugó su existencia, logrando la mía,
rasgando sus nobles entrañas!!;
¡la vóz que me dijo...
las cosas que dicen las madres,
velando los sueños de un hijo!;
¡la voz que arrullara mis sueños risueños,
así como arrullo de historias de sueños;
la voz que calmara,
tan buena, tan clara,
mis penas de antaño,
poniendo ilusiones
en tierras que daban la flor del engaño,
que nace a los soplos de ciegas pasiones;
la voz de una muerta que implora
piedad y consuelo
que templen el duelo
del alma de un hijo que gime y que llora!;
¡la voz del cariño profundo!;
¡la voz de mi madre, que viene del Cielo!;
¡del Cielo, que al mundo la envía!;
¡la voz de la madre más buena del mundo!;
¡mi madre!, ¡¡mi madre del alma!!, ¡¡la mía!!

Ven, madre, a mi lado, por Dios. ¡No te veo!
¡¡Si hiciera, un instante, de Dios mi deseo!!

Ven, madre, ¡te escucho, que imploras!; te imploro,
¡y en cruz, de rodillas, te adoro!
¿Verdad que me quieres? ¿Verdad que me miras,
y al ver mis dolores con ellos suspiras?
¿Verdad que si todo, sin ti, me abandona,
tu amor me disculpa, tu voz me perdona?
¡Con mágicas frases lo dices!
¡Venid a mi encuentro las gentes felices!
¡No más os esquivo! ¡Mirad mi alegría!
¡Cantad, con mi gozo, los nidos!
¡Cantad, en la gloria del día,
los altos arbustos floridos,
las aguas corrientes, los densos pinares!...
¡Cantad, las llanuras, las sierras, los mares!...
¡La dura tormenta,
de tantos dolores, acaba!
¡Ya tengo vigor que me alienta!
¡Ya tengo el sostén que buscaba!
¿Qué importa si arrecia la trágica lucha,
si el hombre me hostiga, me engaña y me hiere?
¿Que el mundo me deja?... ¡Mi madre me escucha!
¿Que el mundo me ultraja?... ¡¡Mi madre me quiere!!

III

¡Cuán buena mi santa, que endulza mi pena!
Diciendo que es madre, ya digo que es buena.

Fué santa, fué mártir, de largo martirio,
que puso en su rostro la pena del lirio;
lo mismo que tantas gloriosas mujeres
que, huyendo en el mundo los torpes placeres
y dando a la vida sus limpios ejemplos,
hoy son como soles que alumbran los templos.
Pintar no podría la mano más diestra,
con ser en pinturas maestra,
el óvalo blanco, gentil, de su cara.
Ninguna pintara
su frente de diosa;
su cutis de nieve,
con tinte muy leve
de pálida rosa;
su cuerpo tan noble; su mano tan breve;
sus labios, inquietos, discretos,
diciendo cariños, callando secretos;
sus rubios cabellos, dorados
con luz de la Gloria, con ella rizados;
la vaga dulzura
de toda su amable figura;
sus brazos, que daban tan hondo consuelo;
sus ojos azules, lo mismo que el cielo.
¿Qué voz ensalzara bastante, cantando,
su voz melodiosa, de timbre tan blando,
tan fino y süave;
sus grandes riquezas, en grandes ternezas;

su calma en las grandes tristezas,
tan seria, tan digna, tan firme, tan grave;
su fe, penitente;
su fe, tan ferviente;
su fe, tan raigada;
su amor, que nacía lo mismo que fuente
que nunca se agota, ni mengua por nada;
¡su amor, que decía los fáciles modos
de ser enseñanza y amor para todos!;
su gran corazón que, en favores,
pagaba desprecios, ofensas, rigores
del negro destino, perversos, constantes...
así como pagan los puros brillantes
los golpes que sienten, con luces mejores;
su rara y excelsa virtud, que sabía
surgir victoriosa del trance pasado,
cual brilla serena, rompiendo el nublado,
más blanca y hermosa la luz de la luna?...
¿Qué voz de alabanza diría
tan altos ejemplos?... ¡Ninguna!
¡Mi madre!... ¡Mi santa!
Mi fe de creyente
que dura sincera, por más que la ultrajen,
altar misterioso levanta,
que brilla con rayos del Sol en Oriente,
¡y en él mis amores colocan tu imagen!
¡Llegaron tus días!

¡Cesaron tus penas sombrías!
¡El Cielo te guarda, que en Él ya tenías
lugar escogido,
cual otro ninguno ganado.
Si el Cielo, al morirte, no hubiera existido,
¡¡lo hubieran creado!!

IV

¡Mi madre!... ¡Mi santa!... ¡Clemencia!
¡Me acuso yo mismo!... ¡No supe quererte!
Por eso me acusa la propia conciencia.
Por eso te imploro con ansias de muerte.
Por eso, en mis cuitas, es justo castigo,
de culpa tan negra, la saña
del mal implacable que llevo conmigo...:
¡la furia del áspid que busca la entraña!
¡No supe quererte, cual tú merecías!
En cambio tú llegas...,
¡en gozo inefable me anegas!,
¡la luz a mis ojos despliegas!,
¡me das con tu voz alegrías!
¡Mi madre del alma! Yo quiero
volver a tu lado.
¡Mi santa bendita!... Yo espero,
por ley de tu gracia, morir perdonado.

Morirme quisiera; poner en olvido
las penas, los daños, del tiempo vivido;
si nadie me quiere,
gozar el desquite del hombre que muere;
pues todos me acosan con pérfidos lazos,
pues todos me engañan, volver a tus brazos.
No busco el reposo
que brinda la muerte porque es tan piadoso;
no busca mi anhelo
la Gloria en que vives por ansia del Cielo;
desando en mi anhelo, desando y olvido,
los años, las sendas, del tiempo vivido,
borrando mi historia
de sangre, de llanto, de cieno,
por ver si retorno feliz a tu seno,
¡por ver si, en tu seno, me acoge la Gloria!;
¡la Gloria en que tantas
purísimas santas
con besos de amores perfuman tus plantas!;
¡la Gloria en que subes,
llevada por blancos y rubios querubes,
en alas de trémulas nubes!;
¡la Gloria de Dios, que bendigo;
tu Gloria, mi madre; mi Gloria, contigo!

Sabré merecerla, si tú me proteges.
¡Por Dios, no me olvides! ¡Por Dios, no me dejes

en tanta amargura!
¡Que pueda, contigo, volar a la altura!
¡Mi cuerpo, llagado por duros cilicios,
y en duro tormento se vea;
mi espíritu sufra terribles suplicios...:
suplicios el sueño, suplicios la idea!
¡Ya gozo, mi madre, por ti, del tormento!
No más me lamento
del triste abandono
que sufro en mis penas. ¡Perdono! ¡Perdono!
No más a mis labios
asomen sus iras mis hondos agravios.
¡Acrezca el martirio de tantos dolores,
y en él purifique mis ciegos rencores!
¡En torno a mi vida, gozad de la vida,
gozad sin medida,
la turba comprada, la gente vendida...!
¡Las falsas mujeres,
faltad a los santos deberes,
vivid para infames pasiones...!
¡Los hombres procaces,
vivid de las mañas audaces,
servid a las bajas traiciones...!
Que yo lo contemple, ¡por fuerza!;
¡que al verlo, con rabia feroz me retuerza...!;
¡que apriete a mis llagas los duros cilicios!,
¡y en tanto que sacien los viles sus vicios!

¡Que todo me veje y humille!;
¡que toda mi vida mancille,
de modo implacable, de horrible manera!;
¡que, al fin, sin consuelos y a solas me muera...!
¿Qué importa, si en cambio conquisto
la paz perdurable, la paz verdadera:
la gracia de Cristo?
¿Qué importa, si en cambio mi madre me espera?

No dudes, ¡¡mi madre!!: sabré merecerte;
pensando en tu vida, pensando en tu muerte.
En tanto, —¡Dios Santo!, ¡Dios mío!,
perdona las culpas que expío;
las culpas de trágicas penas,
si sé perdonar las ajenas...
Y en tanto que cruzo los agrios desiertos,
sentada a la diestra de Dios, Nuestro Padre,
tendiendo a mis brazos tus brazos abiertos,
¡¡espérame, madre!!

LA SALVE DE LAS MONTAÑAS

En el silencio augusto de la noche
va sonando la voz de las montañas.
Las altas cimas a los cielos rezàn,
las viejas cumbres con los cielos hablan...

«¡Dios te salve, María!», va diciendo
la voz de las montañas, a los aires...
«Reina y Señora del linaje humano,
dulce Señora de la sierra, ¡Salve!

»¡Madre de Dios, y Virgen de las Vírgenes;
Madre de Cristo y su divina Gracia;
Madre de la pureza, siempre pura;
Madre divina del Amor, sin mancha;

»Fiel en tu amor, clemente, y poderosa;
Cifra de las virtudes; Rosa mística;

Trono radiante de la suma Ciencia;
Fuente del esplendor y la alegría;

»Vaso espiritüal; excelsa Torre
de pulido marfil; límpido Espejo
de la justicia; Madre cariñosa
de la tierra infeliz; Puerta del Cielo;

»Salud de los enfermos, en sus cuitas;
Salud de las conciencias, en sus ansias;
Refugio de los tristes pecadores;
Estrella, sin rival, de la mañana;

»Reina de los profetas, que te anuncian;
Reina mártir, señora de los mártires;
Señora de los santos, que te miran;
Señora de los ángeles y arcángeles;

»Dios te salve, María, siempre Virgen;
Tú, como nieve de la cumbre, intacta;
Tú, como brisa de la sierra, pura;
Tú, como el agua del regato, clara...!»

Suena la voz de las augustas cimas
en la calma solemne del silencio;
sube la voz, como en tranquilas ondas
el humo grato del quemado incienso.

«¡Dios te salve, Señora!», blandamente,
repite la plegaria de los montes.
«Vida y dulzura, y esperanza eternas;
¡Madre de la Piedad! ¡Madre del Hombre!

»Claman a Ti los pobres desterrados;
claman a Ti los hijos de la Tierra;
mal se resignan a sus largas culpas;
culpas que fueron en su origen : Eva.

»Lloran y lloran, suspirando siempre;
siempre anhelantes, sus inquietas almas;
siempre al azar, en tenebroso abismo,
valle siniestro de perennes lágrimas.

»Vuelve a sus penas tus amantes ojos,
dulce abogada del linaje humano;
torna tus ojos a los hombres tristes;
rasguen sus noches, como vivos astros.

»Muéstrales a Jesús; dales que vean
luz de ilusión en lóbrego destierro;
muéstrales a Jesús, fruto celeste,
fruto de bendición. ¡Ruega por ellos!

»Ruega por ellos, que tu gracia imploran;
hazlos, al fin, de tus favores dignos;

gocen, al fin, en éxtasis las ricas,
gratas promesas del amor de Cristo.

»Mira que son sus infortunios hondos;
más que el profundo y encerrado valle;
más que el nublado tormentoso, negros;
más que el martirio del torrente, grandes.

»Logren perdón, misericordia; cesen
culpas impuestas por el sino aciago.
Madre de la Piedad, Madre del Hombre,
¡¡tregua, piedad, para el dolor humano!!!»

. . . .
. . . .

Dice la voz, y en la apacible noche,
bajo la inmensa bóveda, cuajada
de capullos de luz, se va extinguiendo
la solemne oración de las montañas...

LUCES TRÉMULAS

Entre las matas del monte
brillan gusanos de luz;
estrellando las tinieblas
con vago color azul...

En las sombras de mis sueños,
enciendes tus ojos tú;
tus claros ojos, celestes,
como gusanos de luz.

EL LUCERO DE LA TARDE

Sobre la masa negra del monte,
que el apretado pinar corona,
la Tarde expira, tiñendo el aire,
sereno y puro, con luz muy leve,
color de rosa.

—

Y en el espacio, sereno y puro,
sobre un celaje de leve forma,
brilla un lucero soberbiamente.
¡Brilla, sublime,
Venus! ¡Oh Venus, deslumbradora!

—

Como un diamante
de proporciones maravillosas.

Como un brillante de luz vivísima,
que al ir cruzando las nubes rotas
el Sol espléndido
se desprendiera de su corona!

—

¡Con qué belleza su luz refulge,
sobre el espacio color de rosa!
¡Con qué belleza brilla el espacio,
sobre la masa negra del monte
que el apretado pinar corona.

—

¡Venus radiante!
¡Venus hermosa!
¡Belleza suma!
Mientras esplendes,
en tal espacio, con harta pompa,
ve cuál te adoro. Desde las matas
de los pinares. Bajo las frondas
de pinos tantos. Bajo el refugio
que dan al hombre sus verdes copas.
¡A ti, Belleza, toda belleza,
toda esplendores!
¡Yo, todo sombras!

PAISAJE

El humo de una rústica
y airosa chimeneä,
rizado por el aire,
se pliega, se despliega
y ondula. Con sencilla,
graciosa ligereza.
Con movimientos leves
de flexible bandera.

—

Sobre el denso follaje
de cercana arboleda,
sus blanquísimas ondas
pasan y vuelven : juegan.
Ya el viento las asusta,
con que se encogen ellas;
las riza ya, con soplos
de mansa brisa, leda;
ya, como leve mano

de galán, que despeina,
dulcemente las abre,
con primor las destrenza...

—

Declina el Sol. Los rayos
de sus luces postreras
iluminan las frondas
de la verde arboleda;
con tantos resplandores,
con tantas chispas bellas,
como si el bosque entero
de pronto se encendiera.
Sin turbar el reposo
de la tarde serena.
Deslumbrando a las nubes,
deslumbrando a las peñas,
con un incendio mudo
de singular grandeza.

—

Y en honda paz, bendita,
recógese la Sierra,
presintiendo la calma
de la noche que llega.

«TIGRE»

Pasé por el mundo
con loca imprudencia.
Jamás me valieron
ni suerte propicia,
ni Santos benignos.
Por eso en la lucha,
¡la lucha del mundo!,
sin tregua, terrible,
con hombres malditos,
con torpes mujeres,
quedé tan maltrecho,
quedé tan herido.

—

Por eso he buscado
refugio en las cumbres.
Las cumbres me salvan.
Me torno prudente.
Desecho temores.

Dispongo de un perro,
que es casi una fiera;
con ojos de tigre,
con dientes enormes.
¡Y al fin soy dichoso!
¡Con él no me asustan
cuidados! ¡El perro
me guarda del Hombre!

MADRIGAL

Te he querido, y te he temido
a la vez, y he conseguido
callarte mi devoción
para vivir poseído
de una ilusión : la ilusión
de que me hubieras querido.

DESPEDIDA

Montañas, adormidas en mágico reposo;
magníficas montañas, refugio de mis males;
pinar de mis amores, que hoy miro misterioso,
velado por la lluvia de nieblas otoñales;

cañada, *mi cañada,* tan honda, tan bravía;
ya alegre, ya ceñuda, portento de belleza;
cañada, *mi cañada,* — que hoy juntas a la mía,
con tonos de crepúsculo, tu lúgubre tristeza,

y en tanto lloro, gimes; y en tanto llueve, lloras; —
parajes solitarios y altísimos del puerto,
y tú, mi casa humilde, que, en tardes bienhechoras,
me viste como a caza de rimas por el huerto:

con Dios quedad. Al mundo me vuelve mi destino.
Por él verán que torno, cual triste vagabundo,
luchando con los riesgos del áspero camino,
luchando con el Hombre, luchando con el Mundo.

Los males con que vine, del cuerpo fatigado,
cedieron compasivos; cedieron, lentamente;
sintieron el influjo del monte sosegado;
la sana, la admirable riqueza del ambiente.

La furia de sus ímpetus, durísima, se aplaca.
Son nubes que se borran... El viento las ahuyenta.
Ya son como en los mares costeros la resaca,
que cede poco a poco, después de la tormenta.

Mas ¡ay! que los dolores del alma, tan herida,
no fueron tan piadosos. ¡Me acaban sus torturas!
Ni cumbres me valieron, benéficas. La Vida
siguió martirizándome con nuevas amarguras.

Vinieron tras mis huellas; subieron las traiciones:
mis viles enemigos, hipócritas y viles...
y en cumbres a que nunca subieron sus pasiones,
me vi como en abismos, cercado de reptiles.

¿En dónde y en qué fuentes, ¡Dios Santo!, calmaría
mi sed devoradora de amores y grandezas?

¿En dónde hallar el rayo de amor y de alegría
que rasgue, que disipe mis íntimas tristezas?

¿En dónde bienandanzas que maten desengaños,
mercedes que merezcan el nombre de mercedes?
¿En dónde contra el arte de pérfidos engaños,
las artes que me libren de lazos y de redes?

Por algo, mientras siguen calmándose, vencidas
por obra del ambiente, del ocio y de la calma,
las penas de mi cuerpo, sus penas, ¡sus heridas!,
se enconan mis heridas sin cura: ¡las del alma!

. . . .

. . . .

Con Dios quedad, los montes, el huerto, los pinares,
el puerto, la cañada... Con Él quedad: ¡con Dios!
Me llaman las llanuras... Quizás las de los mares.

. . . .

Me alejo, como vine, con trágicos pesares.
¡Adiós, mis esperanzas! ¡¡Las últimas!! ¡¡Adiós!!

¡EN MARCHA!

Expira Septiembre.
Las nieblas
llegaron de pronto.
Llegaron las nieblas, cubriéndolo,
borrándolo todo.

—

Apenas vislumbra la vista
del monte vecino la falda.
¡Qué denso nublado! La Sierra,
detrás de sus velos, quedó secuestrada.

Los pinos que, al cabo, consiguen
surgir un instante,
moviendo en la niebla sus trémulas ramas,
— así como náufragos que piden socorro, —
parecen fantasmas...

—

¡Qué lluvia tan triste!
¡Qué triste rebota! ¡Qué triste resuena!
La historia de siempre qué pronto
repite sus giros y vueltas:
¡qué poco duró la alegría!
¡Qué pronto volvió la tristeza!

Cuán graves, qué adustos,
los montes altivos, con grises crespones
recatan su pena.
Parece que el aire suspira.
Parece que lloran las nieblas.

Al fin, de su seno,
los montes me alejan.
También de su grato refugio
me expulsa la Sierra...

... PADRE NUESTRO

Padre del hombre, que en el Cielo estás,
venga el tu Reino, con tu gracia a nos.
No desoigan tus órdenes, jamás,
tu Tierra, Padre, ni tu Cielo, Dios.

Danos el nuestro pan, de vez en vez :
cada día, calmando su inquietud;
tu pan, para los cuerpos robustez;
tu pan, para el espíritu salud.

Perdona nuestras deudas, y a la par
hallen nuestros deudores su perdón,
por virtud de tu ejemplo singular.

Gocen las almas, en tu amor, del Bien.
Líbranos de la torpe tentación.
Líbranos siempre del pecado. *Amén.*

ÍNDICE

Páginas.

OBRAS

DE

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW

POESÍA

Poesía, 1883.

El defensor de Gerona, leyenda, 1884.

Poemas de François Coppée, traducidos en verso castellano, 1887.

Tardes de Abril y Mayo, 1887.

Poesía de la Sierra, 1908. (Segunda edición, 1913.)

La vida loca. (Libro galardonado por S. M. el Rey con el primer «Premio Fastenrath» a propuesta de la Real Academia Española.) 1909.

Poesía del Mar, 1910.

El poema de «Caracol». (En «El Cuento Semanal».) 1910.

Cancionero infantil, 1910.

El amor y mis amores. Poemas ingenuos, 1910.

Canciones de Noche-Buena, de muchos peregrinos ingenios; seleccionadas, reunidas y ordenadas, 1910-1911.

La Patria grande, 1911.

Poemas del Pinar, 1911.

El alma en pena, 1913.

PARA PUBLICAR

Los últimos cantos.

TEATRO

POEMAS DRAMÁTICOS

La tragedia del beso.
La bendición.

LEYENDA LÍRICA EN TRES ACTOS

Margarita la Tornera.

DRAMA EN CUATRO ACTOS

Severo Torelli.

COMEDIAS

La Regencia, en cuatro actos.
Las figuras del «Quijote», en dos.
El hombre feliz, en uno.

DRAMAS LÍRICOS EN DOS ACTOS

Colomba.
El final de Don Álvaro.
La vida breve.

ZARZUELAS EN TRES ACTOS

La llama errante.
Los hijos del batallón.
Don Lucas del Cigarral.
La canción del náufrago.

COMEDIAS LÍRICAS

La venta de Don Quijote.
El Certamen de Cremona.
La Maja de rumbo.

POEMA ESCÉNICO EN DOS ACTOS

Los juglares.

SAINETES

Las Bravías.
La Revoltosa.
Las castañeras picadas.
Los buenos mozos.
¡Viva Córdoba!
Los pícaros celos.
El maldito dinero.
No somos nadie.

ZARZUELAS EN UN ACTO

El cortejo de la Irene.
La Chavala.
El gatito negro.
Polvorilla.
La buena ventura.
Los timplaos.
El tirador de palomas.
El tío Juan.
Las grandes cortesanas
Tolete.
La puñalada.
El alma del pueblo.
Las tres cosas de Jerez.
La moza bravía.

PARA PUBLICAR

Teatro escogido: *La tragedia del beso.—Las figuras del «Quijote».—Severo Torelli.*

ESTUDIOS LITERARIOS

Relaciones entre la Ciencia y la Poesía. Memoria leída en el Ateneo de Madrid.

De François Coppée y de los poetas líricos franceses contemporáneos. Prólogo a la traducción de los poemas de Coppée.

Acabóse la reimpresión de este libro,
en la oficina tipográfica de los
Sucesores de Hernando,
el 12 de julio
de 1913.



